

#### **4. UNA REVOLUCIÓN ORIGINAL. REVUELTAS CÍVICAS Y REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS EN LOS PAÍSES ÁRABES, 2009-2011 SALVADOR AGUILAR**

Marzo de 2012

### **INDICE**

(I) OBJETO Y CONCEPTOS BÁSICOS

(II) DIMENSIONES DEL FENÓMENO

(IIa) Factores de transformación

(1) CAMBIO DE RÉGIMEN

(2) EL ESTAMENTO MILITAR

(3) EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL CAMBIO DE RÉGIMEN

(4) QUÉ APRENDER DE LAS OLAS PREVIAS Y DE LOS MODELOS TEÓRICOS

(5) DEMOCRATIZACIÓN ORIGINAL

(6) PRESIÓN DESDE ABAJO: LAS REVUELTAS CÍVICAS

(IIb) Factores causales

(7) FACTOR DESENCADENANTE 1: LA GLOBALIZACIÓN, LA CRISIS Y LA SUBIDA DE LOS PRECIOS DE LOS ALIMENTOS

(8) FACTOR DESENCADENANTE 2: “¡BASTA!” LA CÓLERA POPULAR ENTRA EN ESCENA

(9) FACTOR DESENCADENANTE 3: NUEVOS REPERTORIOS Y ESTRUCTURAS DE MOVILIZACIÓN: LAS NTIC Y EL SECTOR JOVEN URBANO

(10) QUÉ SON Y A DÓNDE VAN LAS REVOLUCIONES ÁRABES

Bibliografía citada

### **(I) OBJETO Y CONCEPTOS BÁSICOS**

1

Los fenómenos de conflicto del año 2011 han sido muy variados, pero han estado todos dominados (e influidos) por la oleada, imprevista y rapidísima, de revoluciones democráticas en el mundo árabe y musulmán reciente: en Irán (mayo de 2009), abortada; en Túnez y Egipto (desde el 17 de diciembre de 2010), victoriosa;<sup>3</sup> en Libia, donde derivó con rapidez a una guerra civil y, en

<sup>3</sup> Cuando se produce el tipo de acontecimiento desencadenante, la “chispa”, en Túnez, en forma de autoinmolación de protesta del vendedor ambulante Mohamed Buazzizi, licenciado en informática, parado de 26 años, vendedor ambulante de frutas y hortalizas, castigado por la policía por carecer de licencia de venta y, en Sidi Bouzid, volcar su carrito ambulante. Se inmola ante la sede del gobierno civil (*El País*, 6.01.2011, p. 3). Puede entenderse como un

parte, internacional; y embrionariamente en otros países de la región según se destaca en la Cronología anexa, entre ellos Irán, donde se reanuda la actividad de una oposición que, dos años después, sigue buscando un cambio de régimen.<sup>4</sup>

Sorprende, además de su expansión geográfica, la rápida difusión del fenómeno. El “contagio” al que aluden los medios de comunicación<sup>5</sup> es el conocido fenómeno de la difusión. El “contagio”, además de ese aspecto – polémico desde la ciencia social moderna– de una emoción colectiva que “prende” entre grandes multitudes, tiene asimismo una faceta bien tangible y material en forma de irradiación de expectativas facilitada por el crecimiento exponencial del consumo de información en la sociedad globalizada reciente (la gente puede *ver* cómo ocurren cosas en las sociedades vecinas, y en tiempo real). Complementariamente, el “contagio” tiene otra base real en los sentimientos colectivos de indignación moral de grandes números de personas afectadas en común por una longeva e impuesta miseria material y política, un fenómeno que, según veremos, forma parte del objeto que nos ocupa y que ha permitido enlazarlo con diversos episodios recientes de protesta (entre otros, el movimiento 15-M en España).<sup>6</sup>

## 2

Pretendo presentar más abajo una serie de características distintivas del fenómeno, unas “dimensiones”. El punto de partida general (una hipótesis de trabajo, que se basa en los indicios examinados), no obstante, está contenido ya en el propio título del presente trabajo, que señala en tres direcciones que

---

“acontecimiento acelerador” prototípico al que aluden algunos teóricos de las revoluciones, por ejemplo Chalmers Johnson, 1966:99.

<sup>4</sup> Recuérdense la reaparición de las protestas democratizadoras después de 2009, primero en Teherán el 14 de febrero de 2011, acompañadas de muertos y heridos así como del arresto domiciliario de los líderes más conocidos de la revuelta de 2009, la “revolución verde” (*El País*, 15.02.2011, p. 2); y después en el mismo Teherán, Isfahán y Shiraz el 20 de febrero, castigadas por una fuerte represión del régimen (*El País*, 21.02.2011, p. 5).

<sup>5</sup> Ver por ejemplo el titular de la página 10 de *La Vanguardia* 13.02.2011 (“El efecto contagio espera a países donde hay peores condiciones que en Egipto”); o los comentarios de M. Naím (2011).

<sup>6</sup> Sobre el vínculo con el 15-M, véase Aguilar et alii (2011a). Sobre la indignación moral y su relación con la protesta social, B. Moore (1978) y E.P. Thompson (1979).

son, a mi entender, las más fundamentales por el momento, a las que añadiré una cuarta especialmente hipotética y referida a Egipto:

a) Contrariamente a lo que han indicado tanto algunos medios académicos como programas de urgencia de televisiones próximas, lo que estamos presenciando no es la recreación de la Revolución Francesa doscientos años después (John Carlin en *El País* o Pere Vilanova en *Millenium*, TV3) ni una “revolución social”, título del programa *Millenium* citado (“Noves revolucions socials”), emitido en marzo de 2011.

Por el contrario, lo que intentaré mostrar es que estamos ante una *revolución compuesta original*, que inaugura su trayecto histórico, y que por razones de época combina trazos característicos de diferentes tipos de revolución y formatos de contienda política.<sup>7</sup> El fenómeno muestra en este punto cómo, ya en el siglo XXI, con la disparidad relativa de perfiles socioestructurales propios del actual sistema-mundo, pueden coincidir en la misma época histórica –y en nuestro objeto, en el mismo fenómeno-, distintos tipos históricos de revolución (cuestión tratada en Aguilar, 2008). La primera característica fundamental, por tanto, es que se trata de *un fenómeno original, compuesto a su vez de varios subfenómenos* conocidos y alguno totalmente innovador que se combinan, y que se trata por tanto de un objeto de alta complejidad.

b) Adicionalmente, por lo demás, los otros dos elementos centrales que hasta ahora surcan el fenómeno con claridad, y le confieren así una personalidad tan especial, son a mi entender dos. De un lado, es una *revolución democratizadora*, es decir, el inicio de un proceso de democratización original que eventualmente acaba con el establecimiento por primera vez de una poliarquía (Dahl, 1971). Debido al cruce en un mismo fenómeno de distintos tipos históricos de revolución que he mencionado, este proceso de democratización, como argumentaré, se combinará probablemente en algunos casos con otro fenómeno que conocemos bien: una *transición política* a la

<sup>7</sup> Garton Ash (2011a) parece confluir con este argumento: “¿[E]stamos presenciando el Teherán de 1979 o el Berlín de 1989? Una posible respuesta es: lo que estamos presenciando en El Cairo en 2011 es El Cairo de 2011. No lo digo en el sentido obvio de que cada acontecimiento es único, sino en otro sentido más profundo. Porque lo que caracteriza a una verdadera revolución es la aparición de algo auténticamente nuevo”. Para los distintos tipos de revolución, Skocpol y Trimberger (1994).

democracia (véase O'Donnell y Schmitter, 1986, y McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). De otro lado, el tercer elemento característico central del fenómeno es su condición de *revuelta cívica*. Al revés que en la gran mayoría de transiciones políticas, el fenómeno por el que nos interesamos no es de generación fundamentalmente exógena, es decir, originado por la muerte de un dictador o su retiro e impulsado por actores (minoritarios) del propio antiguo régimen dictatorial y políticos moderados de la oposición democrática, bajo cuya guía se despliega la transición (con el añadido frecuente de presiones internacionales para precipitarla), sino de generación fundamentalmente endógena: es una mayoría de la población anónima, es la sociedad civil, la que a partir de redes marcadamente débiles de coordinación y de mecanismos novedosos de comunicación, impulsa el cambio. (En los dos casos, de triunfar, se trata de un *cambio de régimen*, pero la diferencia entre que su causación sea exógena o endógena es crucial y el carácter fundamentalmente endógeno de al menos algunas de las revoluciones árabes que estamos presenciando augura fenómenos derivados novedosos.) “*Revuelta cívica*” es una noción que nos sirve para indicar esta tercera gran característica de nuestro objeto a la vez que señala su conexión con un elemento presente en numerosas movilizaciones contemporáneas desde 1968: con vínculos organizativos débiles, método predominante de acción directa pero no violenta, y carácter efímero de la asociación para la acción (véase Aguilar, 2001 y 2008bis).

c) Finalmente, en el trabajo que sigue se explora, al menos para el caso de Egipto, el posible vínculo de los sucesos actuales (y su materialización en la revolución democrática vehiculada por revueltas cívicas que hemos mencionado) con el fenómeno precedente del nasserismo (1953) en tanto que *revolución desde arriba controlada por el estamento militar* (Trimberger, 1978) en ausencia de las condiciones políticas y civiles necesarias para encauzar de otra manera un desarrollo nacional. Podría pensarse que lo que estamos presenciando es el desenlace de un intento de desarrollo autocentrado bajo control de militares-burócratas que fracasó en su día (como pronosticaron estudiosos como Hobsbawm y Trimberger) y que, después de degenerar en

Egipto en un régimen autocrático desligado de las ambiciones originales, ha dado lugar a la explosión actual.<sup>8</sup>

El análisis que sigue debería permitir alcanzar respuestas tentativas a dos preguntas: ¿Cómo caracterizar al fenómeno en su conjunto? y ¿Cómo se desencadena y por qué ahora? Pero ante todo, a continuación, debemos identificar con claridad las dimensiones significativas, las más esenciales y distintivas, de la oleada de revoluciones árabes.

### 3

La ciencia social, como cualquier otra, utiliza *modelos* para entender los fenómenos, es decir, representaciones esquemáticas y de alto nivel de abstracción que permiten al observador u observadora identificar los componentes característicos y saber “cómo funciona” el fenómeno bajo consideración. Los modelos son representaciones simples e ideal-típicas con una utilidad fundamentalmente estática: proporcionan una fotografía de la lógica central de un fenómeno y tienen, por tanto, un alto nivel de generalidad y estatismo. Esta característica de los modelos los convierte en menos útiles para captar lo que ocurre en situaciones altamente dinámicas, aquellas que, más que evolutiva (trayecto gradual), tienen una fuerte orientación espasmódica y rápidamente cambiante. Para esta contingencia, que es la propia de los fenómenos revolucionarios y la acción colectiva, la ciencia social

<sup>8</sup> Que a su vez puede ser pensada como un fuerte impulso para crear un nuevo orden político o, contrariamente, como un caso de *revueltas anómicas* (las que carecen de estructura normativa emergente y, por ello, se “limitan” a expresar de forma más o menos violenta un malestar profundo). Díaz-Salazar plantea un dilema similar (2011): “¿Son las revueltas en el mundo árabe una nueva expresión de lo que Gramsci llamaba *subversivismo*, es decir, manifestaciones de descontento social incapaces de crear un nuevo orden político? O, por el contrario, ¿estamos ante el inicio de una transición para la creación de democracia política y económica?”. Creo que hay indicios de que el objetivo –viable– es precisamente un nuevo orden político, que se busca con urgencia y a la vez serenidad (como indican el formato *contenido* de la protesta, la madurez tranquila con que las protestas han afrontado los primeros y fuertes golpes, sobre todo en Egipto y Túnez, la determinación que se observa en los movilizados); pero desde luego, ninguno claro que señale hacia una democracia económica (punto de vista optimista con el que, tal vez, Díaz-Salazar quiera significar “simplemente” una mejor distribución de la renta). Para interpretaciones diversas sobre el potencial de revolución social del caso egipcio, véanse los artículos de Stephen Maher (2011) y Samir Amin (2011b) en esta misma sección del Anuario, así como Immanuel Wallerstein (2011). Para un indicio de revuelta anómica dentro de la actual ola, véase la referencia de un joven argelino a las protestas en su país: “Queman coches, como en Francia” (*La Vanguardia*, 9.01.2011); se refiere a las revueltas de las *banlieues* francesas de 2005.

tiene que optar entre una descripción particular (detallada e “ideográfica”) de lo que ocurre y el uso de modelos específicamente orientados a la dinámica social.<sup>9</sup> Estos últimos, por poner un ejemplo reciente, son el recurso que han desarrollado para el campo de la acción colectiva y los movimientos sociales los teóricos de la contienda política D. McAdam, S. Tarrow y Charles Tilly (2005).

Nuestro propósito ahora consiste en identificar los elementos constitutivos de una situación dinámica, como son las revueltas cívicas y revoluciones democráticas en los países árabes y musulmanes recientes, entre 2009 y 2011. Quiere decirse: identificar no, como en un modelo estático, los elementos estructurales que caracterizan al “funcionamiento” de un fenómeno,<sup>10</sup> sino los elementos “estructural-dinámicos”, aquellos que se despliegan como resultado de la interacción social y son emergentes, en el sentido de que se crean y recrean con rapidez en períodos breves de tiempo, pero que, a pesar de ello, van dejando un poso claro de factores que “fijan” esencialmente una situación por otro lado repleta de dinámica, volatilidad e interactividad; y lo hacen porque permiten captar las tendencias dinámicas de fondo. Los denomino simplemente “dimensiones” (para obviar la referencia a “dimensiones estructural-dinámicas” según se ha indicado). Ambos instrumentos conceptuales sirven para establecer algún grado de generalización y aislamiento o fijación de los factores que gobiernan el despliegue de una situación dinámica e interactiva y, por tanto, difícil de descomponer analíticamente. He aquí, en el Diagrama 1, como punto de partida y pequeña guía para encauzar el relato que sigue, la aplicación de esta idea plasmada en factores estructural-dinámicos.<sup>11</sup>

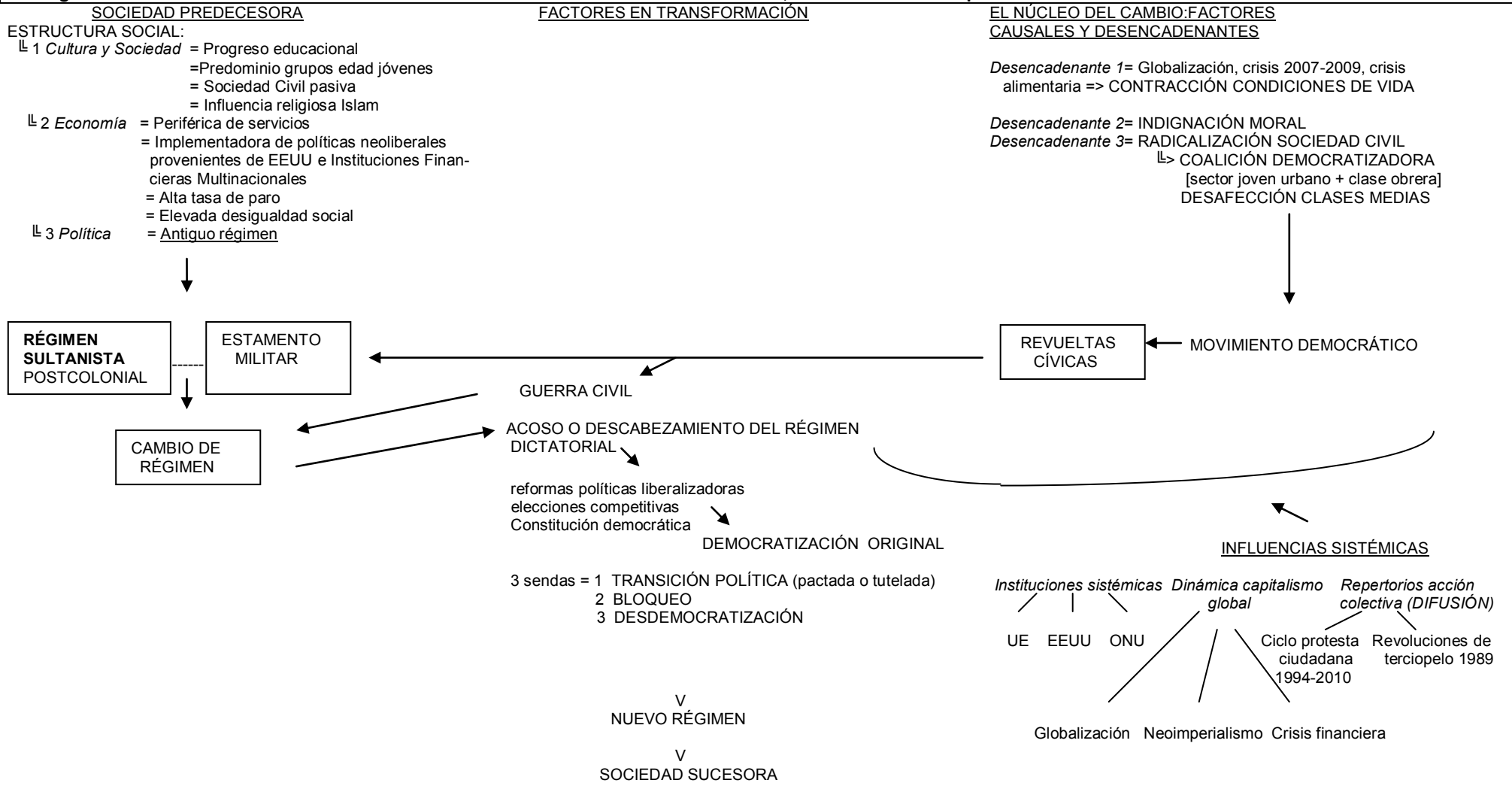
---

<sup>9</sup> O una combinación de ambos.

<sup>10</sup> Como son, por ejemplo, la lógica de la acción colectiva estudiada por Mancur Olson, 1965, que explica cómo opera típicamente esa área de la realidad social; o el cambio revolucionario por Chalmers Johnson, 1966.

<sup>11</sup> Que constituye así un modelo más desarrollado del “Orden del estallido” y “Despliegue de la 4ª ola de democratización” que hemos incluido en la Cronología anexa.

**diagrama 1 LAS REVOLUCIONES DEMOCRATIZADORAS ÁRABES, 2011 ■ Modelo del proceso de cambio en curso**



## **(II) DIMENSIONES DEL FENÓMENO**

De acuerdo con el Diagrama 1 que acabamos de exponer, vamos a examinar por separado en esta sección II las dimensiones principales de nuestro objeto para, posteriormente, reconsiderarlas en su conjunto. El punto focal de toda la dinámica social desatada en los países árabes es doble: producir un *cambio de régimen* en las sociedades afectadas (en la *sociedad predecesora*); como paso previo para edificar un nuevo tipo de sociedad (la *sociedad sucesora*). Nos interesará en lo que sigue poner en claro los rasgos principales de los términos subrayados: qué es un cambio de régimen; caracterizar a la sociedad predecesora (la previa al cambio); y empezar a entrever el tipo de sociedad, o sociedad sucesora, que previsiblemente culminará la transformación en curso. Examinamos a continuación dos grupos de dimensiones, por este orden, las que tienen que ver con los cambios producidos (“Factores de transformación”) y las que aluden a los orígenes o causas de esos cambios (“Factores causales”).

### **Ila Factores de transformación**

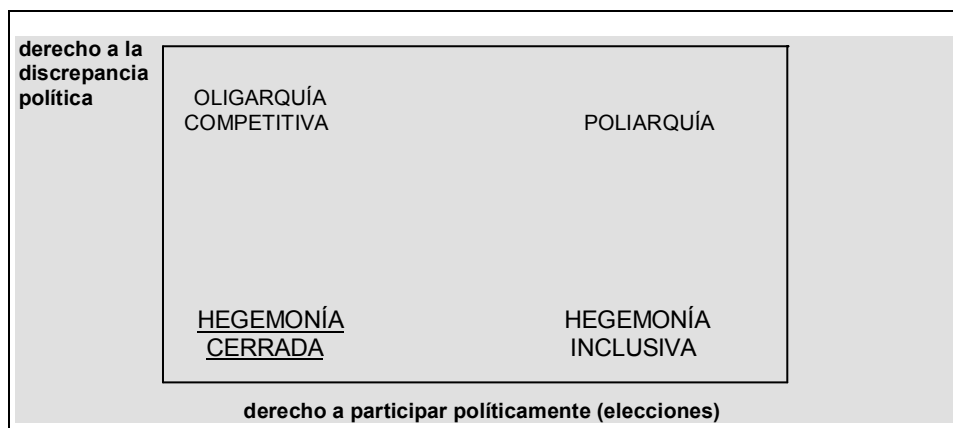
#### **(1) RÉGIMEN Y CAMBIO DE RÉGIMEN**

1. Un cambio de régimen político es, con frecuencia, el mecanismo que allana los deseos e impulsos de transformación en cualquier sociedad carente de libertades civiles y políticas. El régimen, o antiguo régimen, alude al conjunto de instituciones políticas, normas constitucionales y, en general, la estructura normativa y aparato estatal que típicamente, como en el caso que examinamos, organizan *imperativamente* la vida de la población bajo su jurisdicción. En concreto, hay una gran variedad de regímenes más o menos autoritarios que satisfacen esa condición general. Aunque nos referimos por comodidad a ellos como “dictaduras”, las variantes empíricas del fenómeno son tan numerosas que impiden pensarlas como un solo caso y usar esa denominación de lenguaje corriente.

Robert Dahl (1971:7) define pedagógicamente el territorio y muestra ese margen de variación que lleva implícito el fenómeno. El autor ordena los regímenes políticos de acuerdo con dos grandes variables, a saber, el derecho a la discrepancia política de los actores políticos; y la capacidad de participación política por medio de elecciones; ambos pueden variar desde cero



o valores muy bajos hasta valores muy altos. El área que nos interesa ahora queda delimitada por valores bajos de ambas variables: cuando la capacidad de discrepancia es escasa y el derecho a participar en elecciones libres muy pequeño estamos ante una “hegemonía cerrada”:



**Diagrama 2. Regímenes políticos según R. Dahl**

En condiciones como estas, un “cambio de régimen” alude al paso de una hegemonía cerrada a alguna de las otras tres variantes principales, en mayúsculas en el diagrama, comúnmente a una “poliarquía” (o, en el lenguaje corriente, “democracia”; o, en el lenguaje politológico, “democracia liberal”). La ciencia social comparada dispone de datos y estudios que permiten entender en profundidad lo que caracteriza a una *hegemonía cerrada*. Se pueden postular como mínimo estas nociones principales:

- a) Una hegemonía cerrada es un régimen autocrático que se instala por ciertas determinaciones ambientales. Una, una larga tradición de formas despóticas de gobierno; otra, una economía de subsistencia con un sector modernizado pero carente de estructura productiva independiente (con frecuencia formado alrededor de algún recurso natural de gran valor económico o estratégico para el país) y de impulso empresarial autónomo; una tercera, la inserción periférica dentro del sistema mundial de sociedades, que refuerza ese atraso original en incorporarse a la economía global capitalista (Wallerstein, Hobsbawm).
- b) En el caso de los países árabes contemporáneos, ciertas presiones geopolíticas procedentes de los países hegemónicos del centro del

capitalismo mundial han facilitado el acceso de déspotas locales “modernizados”, generalmente militares, al control central de ese sistema dictatorial para garantizar una relativa estabilidad requerida por el equilibrio sistémico. Luz Gómez ha denominado con propiedad esos regímenes como “tiranías poscoloniales” para subrayar esa condición geopolítica de origen.<sup>12</sup> Con frecuencia, ese centro autocrático se rodea de un ecosistema de pequeño tamaño que sustenta y alimenta la reproducción del régimen, pero también, invariablemente, la corrupción y el saqueo sin trabas de la riqueza nacional (en la Filipinas de Marcos, pero también en Túnez, Egipto o Libia). Y de un cinturón de protección formado por clases de servicio.

- c) En este tipo de regímenes se hace inevitable hablar de cleptocracias, porque los círculos de poder compuestos de los autócratas y sus allegados se alimentan de una estructura clientelar basada en el saqueo de recursos públicos, cleptocracias que han quedado también al descubierto en los países árabes movilizados en 2011. Sami Naïr (2011a), por ejemplo, sostiene que hay una “fortuna fraudulenta acumulada a espaldas de Egipto” de 60.000 millones de euros; y que la del círculo de Ben Alí en Túnez es de “solo” 3,7 mil millones de euros, aunque un reportaje periodístico posterior matiza y rebaja las cifras.<sup>13</sup> Algo parecido ha ocurrido en Libia, donde el clan Gadafi acumuló “miles de millones de dólares” (Maite Rico, *ibid.*):

El patrón de enriquecimiento de los Gadafi es el habitual en los regímenes autoritarios, y no solo en Oriente Próximo: el líder se mantiene aparentemente al margen, pero permite que su familia y sus allegados manejen el país como su feudo... Leila Trabelsi, esposa del derrocado presidente tunecino Zine el Abidine Ben Ali, cabeza de una auténtica cleptocracia que, según Transparencia Internacional, controlaba entre el 30% y el 40% de la economía de Túnez... en Egipto, explica Jean-Noël Ferrié, “la corrupción salpicaba a toda la sociedad”, siguiendo un esquema clientelista. Mubarak, como hizo su antecesor Sadat, permitía que amplios sectores (militares, funcionarios) sacaran tajada para garantizarse su apoyo al régimen.

<sup>12</sup> Luz Gómez García, “Siete claves para el despertar árabe”, *El País*, Cuarta Página, 15.04.2011, p. 29.

<sup>13</sup> Puede consultarse el bien documentado trabajo de Maite Rico en *El País*, 24.02.2011, “Las fortunas de la cleptocracia”, sobre los casos tunecino, egipcio y libio. *El País* cifra la fortuna personal de Mubarak poco antes en 29.500 millones de euros (13.02.2011, p. 3).

También es el caso del Yemen, donde la oposición calcula en 34.000 millones de euros la fortuna personal de Ali Abadalá Saleh.<sup>14</sup>

Y conforma avanza el proceso de liberalización posterior a la revolución egipcia, se acumulan los datos sobre la cleptocracia de Mubarak. Sobre todo sobre sus dos hijos, Gamal y Alaa, el primero un exbanquero de inversión radicado en Londres, que pasó después a ofrecerse como el “reformista” que necesitaba el país y autor principal de la liberalización económica iniciada a finales de los noventa que intentaba transformar “una economía estatal en un sistema de libre mercado” (derivando en “un capitalismo del clientelismo y el soborno, donde solo se progresaba si se conocía a las personas adecuadas”).<sup>15</sup> Las privatizaciones, la venta de tierras públicas y los escándalos inmobiliarios han acompañado el trayecto “liberalizador”; y los activos en manos de la familia Mubarak y amigos, la mayoría en el extranjero, se piensa que serán “muy difíciles de localizar”. Calcula la reportera que la fortuna familiar rondaría los 50.000 millones de euros.

- d) Cualquier régimen autocrático, con una situación ambiental como la descrita, atraviesa con toda probabilidad por épocas turbulentas, porque su aparente estabilidad que, manejada con habilidad, puede garantizarle largos períodos de dominio incontestado e influencia política regional, dificulta en realidad (un aspecto bien estudiado por Giner, 1980) la gestión “racional” de los mecanismos básicos de reproducción del poder de esta y de cualquier otra clase dominante. Giner destaca con razón tres de estos mecanismos: la cooptación a la élite de los elementos más capacitados de las clases subalternas (para mejorar la eficacia de esa élite pero también para debilitar el potencial de contestación contra ella); la capacidad de incorporar las innovaciones tecnológicas procedentes del entorno global de la época; y una gestión política resuelta de los problemas por los que pueda atravesar el régimen. Típicamente, una dictadura “torpe” descuida la gestión de los tres mecanismos citados y, en el límite, puede alienarse

<sup>14</sup> *El País*, 23.04.2011, p. 3.

<sup>15</sup> Los términos son de la periodista Gemma Saura, “La avaricia de los cachorros”, *La Vanguardia* 14.04.11, p. 4.

el apoyo del estamento militar y su lealtad (como parece haber ocurrido en Túnez y en Egipto), así como el de las clases medias.<sup>16</sup> En todo caso, y en sentido contrario, el régimen acostumbra a estar muy atento a alimentar y mantener la complicidad de los sectores de poder de segunda y tercera corona, a los que acostumbra a fidelizar mediante el mecanismo del clientelismo económico, consistente en concederles franjas de explotación libre de recursos públicos para asegurar su apoyo al régimen.

- e) Esta debilidad invisible de los regímenes de hegemonía cerrada, los hace especialmente vulnerables a los cambios económicos, sociales o internacionales, de manera que, hipotéticamente, primero la globalización en sí y, después, la crisis del capitalismo global de 2008, han removido con fuerza los cimientos de regímenes como los de Túnez y Egipto (Naím, 2011) y se han de considerar como factores causales que confluyen en nuestro objeto. Poco después del estallido tunecino pero antes de la primera manifestación egipcia en Tahrir, el secretario general de la Liga Árabe, el egipcio Amro Mousa, se dirigía a los asistentes de una cumbre económica regional en Sharm el Sheij (el lugar donde se refugiaría después Mubarak) con estas significativas palabras:

Los recientes acontecimientos en Túnez son un ejemplo de las grandes crisis sociales a las que están expuestas las sociedades árabes. En la mente de todos está que el alma árabe está rota por la pobreza, el desempleo y la recesión general. (Citado en Carbajosa, 2011.)

2. Las hegemonías cerradas del Norte de Africa parecían garantizar una prolongada estabilidad, como hemos sugerido, y de hecho los países hegemónicos occidentales las apoyaban por eso mismo. Debemos preguntarnos ahora qué factores introducen inestabilidad en regímenes de este tenor, para lo que acudimos a uno de los mejores modelos sencillos disponibles. Adam Przeworski (1986:50 y ss.), en efecto, propone una forma de

<sup>16</sup> M. Naím (2011) ha aplicado nociones como estas, con pericia, al caso de los países árabes movilizados: “Las dictaduras habitan en un ecosistema de privilegios, alianzas y codependencias con los más variados actores: los militares, líderes regionales, grupos económicos y políticos, medios de comunicación, líderes religiosos, aliados extranjeros etc. A veces este delicado equilibrio de poderes se rompe, desencadenando enfrentamientos que pueden llevar al fin del régimen. Algo de esto pasó recientemente en Túnez”.

captar los factores principales que, en general, contribuyen a explicar que a) aparezcan grietas en una hegemonía cerrada poco antes considerada invulnerable; y b) que el cambio de régimen (por liberalización de éste o por sustitución) sea una posibilidad real:

a) El régimen ha satisfecho “las necesidades funcionales” que llevaron a su advenimiento, por lo que deja de ser necesario y colapsa. (Este podría ser el caso del régimen egipcio, postnasserista, surgido de una “revolución desde arriba” en la década de 1950, pero no el del régimen sucesor que representa Mubarak, que justamente se puede caracterizar como una degeneración oportunista del anterior.)

b) El régimen ha perdido su legitimidad original, “y puesto que ningún régimen puede durar si carece de legitimidad (apoyo, conformidad, consentimiento), se desintegra”. (Este factor está desde luego en el centro del escenario de los casos tunecino y egipcio. Es probable que los factores de inestabilidad del modelo de Giner citado hayan jugado un papel en ello.)

c) Los conflictos internos del bloque dominante, en particular los que implican al estamento militar, no pueden ser reconducidos y una facción decide apelar al apoyo de grupos externos. Como consecuencia, “el bloque dominante se desintegra en tanto que bloque”. (Así se puede interpretar el caso egipcio, y quizá en menor medida el tunecino: en el momento en que el régimen personalista apoyado en el Ejército pierde su legitimidad, el estamento militar retira su fidelidad al antiguo régimen y se plantea reconfigurar el bloque dominante. La figura del mariscal egipcio Tantawi representa bien esta situación.)

d) Presiones extranjeras para establecer una “fachada democrática” conducen a nuevos compromisos tal vez por intermedio del factor anterior. (Este factor opera también claramente en el caso egipcio y quizá en menor medida en el tunecino; en el primer caso se puede afirmar que la presión exterior, al principio balbuceante, procede de EEUU y la UE y se ejerce por

medio y sobre el estamento militar, altamente autónomo y dependiente de estos centros exteriores.)<sup>17</sup>

Ya dice Przeworski que estos factores generales no son incompatibles entre sí, y esto es lo que vemos en el caso egipcio: operan simultáneamente los b-c-d, siendo el primero el determinante: no sólo ha dejado de operar la legitimidad original, sino que colapsa de golpe por efecto de la decidida presión desde abajo y condiciona todos los sucesos posteriores. De todas maneras, hay otra forma de percibir este punto crucial, originada en Weber, y que explica Przeworski (pp. 51-53) así: “El problema de la legitimidad está por completo formulado de manera incorrecta, según creo. Lo que importa para la estabilidad de cualquier régimen no es la legitimidad de ese sistema de dominación en particular sino la presencia o ausencia de alternativas preferibles... Lo que reproduce el consentimiento es la amenaza de la fuerza y, fuera de los momentos de verdadera desesperación, esta amenaza es suficiente”. En el caso de Túnez y Egipto, no hay duda de que se trató de “momentos de verdadera desesperación”, y más abajo apuntamos algunas razones para ello.

Los momentos aludidos se corresponden con “los momentos de locura –en los que ‘todo es posible’–” teorizados por Aristide Zolberg (1972) y Sidney Tarrow (ver Tarrow, 2002:99) que han dado lugar a acontecimientos como “1848” o “1968”, pero también a las revoluciones árabes en marcha. Tarrow (*ibid.*) afirma que se repiten de modo persistente en la historia de los movimientos sociales: “En puntos tan turbulentos de la historia, escribe Aristide Zolberg, ‘cae el muro entre lo instrumental y lo expresivo. La política rompe sus cadenas e invade la vida entera’... Esos momentos... pueden ser ‘necesarios para la transformación política de las sociedades’, escribe Zolberg, pues son la fuente de los nuevos actores, los públicos y la fuerza para irrumpir a través de la costra de la convención.” Parece probable que en muchos casos de la ola, pero con seguridad en Túnez y Egipto, los “momentos de locura” (las revueltas)

<sup>17</sup> Garton Ash (2011b) sugiere en febrero algo muy sensato imposible hoy de demostrar: “Cuando obtengamos (si la obtenemos) la próxima remesa de Wikileaks, tal vez descubramos que EEUU tuvo algo que ver con la extraordinaria declaración del Ejército egipcio de que no iba a emplear la fuerza contra las demandas legítimas de ‘nuestro gran pueblo’”. Evidente.

han propiciado y están propiciando la aparición de nuevos actores políticos y la reconfiguración de la sociedad civil.

3. En todo cambio de régimen hay factores decisivos que inclinan la balanza y empujan al sistema político y social afectado hacia una determinada configuración dominante. Y en su interior se expresan, con gran variabilidad comparada, ciertos mecanismos que contienen la clave de lo que ocurre y va a ocurrir con alta probabilidad. La forma en que se producen los acontecimientos en medio de una crisis política ofrece mucha información que, comprensiblemente, no se puede obtener de otra manera en el momento de los hechos; y además, este *meollo del cambio de régimen* hace depender los acontecimientos futuros del orden y preferencias de los previos.

Si nos fijamos en el caso egipcio, este punto de no retorno, ese meollo decisivo se puede sintetizar en los siguientes acontecimientos:<sup>18</sup>

- a) 30.01.2011 El jefe de las FFAA Tantawi hace acto de presencia en la plaza Tahrir, con lo que hace pública la fractura entre el Ejército de Tierra y la policía y cuerpos de élite de Mubarak (Fuerza Aérea y Guardia Presidencial).
- b) 11.02.2011 Se oficializa el desplome del antiguo régimen: el general Suleimán anuncia que Mubarak ha dimitido y cedido el poder al consejo supremo militar (CSM).
- c) 11.02.2011 El CSM anuncia su programa: acepta el encargo de gobierno; llevará a cabo las enmiendas constitucionales necesarias; garantizará elecciones presidenciales libres; la ley de urgencia de 1981 por la que se prohibían las protestas callejeras sólo se derogará cuando concluya “la actual situación de crisis” (en realidad, se ha derogado en enero de 2012, cuando la crisis está lejos de detenerse).
- d) Las declaraciones paralelas de los centros de poder de los países hegemónicos sugieren con claridad que patrocinan o apadrinan el cambio de régimen y la forma de éste. Merkel, Sarkozy y Reino Unido rinden homenaje a la retirada del rais Mubarak; la UE va más allá y anuncia “una ordenada transición a la democracia”. La fórmula inicial de consenso entre las élites queda suficientemente clara: una transición política *oportunist*a tutelada por el Ejército y los poderes occidentales.<sup>19</sup> Desorden sí, pero al menos bajo cierto control.

<sup>18</sup> Datos de *La Vanguardia* 12.02.2011, pp. 3, 4 y 12.

<sup>19</sup> Según un observador muy informado, Sami Naïr (2011a), hay una dependencia directa del ejército egipcio respecto de EE UU: ese ejército dispone de un poder financiero independiente; controla sectores esenciales de la economía; y recibe anualmente del gobierno norteamericano 1,3 mil millones de dólares. Concluye el autor refiriéndose a Túnez y Egipto que “en los dos países, el Ejército ha sido el vector principal del inicio de la transición”. La noción de transición “oportunista” procede de Aguilar (1993).

4. El cambio de régimen que buscan las revoluciones árabes no puede ser, de natural, idéntico en todos los casos. Procesos transnacionales de transformación como esta cuarta ola democratizadora, se adaptan necesariamente a las condiciones locales de cada sociedad e invariablemente se bifurcan o diferencian en *rutas* diversas, con frecuencia muy distantes entre sí. Examinados los trayectos de cada caso, a finales de 2011 e inicios de 2012 es posible establecer, claramente en algunos casos y con menor claridad en otros, las siguientes *rutas* (cuadro procedente de la Cronología anexa):

Ruta 1 = Revolución democrática en camino de una transición política (Túnez y Egipto)  
 Ruta 2 = Revuelta desde abajo y guerra civil (Siria)  
 Ruta 3 = Revuelta desde abajo, guerra civil e intervención militar exterior (Libia)  
 Ruta 4 = Bloqueo y espiral presión/represión (Yemen, Bahrein, Arabia Saudita)  
 Ruta 5 = Bloqueo y apertura de reformas negociadas (Yemen, Marruecos, Jordania?)  
 Ruta 6 = Regresión y desdemocratización

Casos inciertos:

1. Argelia= entre 4 y 5
2. Irán = variante específica entre 2 y 4 => Intento de revolución democratizadora abortada en 2009 + ruta 4

5. Pero en una mayoría de casos, las revoluciones árabes han arremetido contra un antiguo régimen peculiar, del que hablaremos más abajo (epígrafe 4), que Jack Goldstone (2011:8), siguiendo a Weber, denomina *sultanista*. El autor ha expuesto de manera eficiente las condiciones para que se produzcan revoluciones políticas que derriben a los dictadores unipersonales, cleptocráticos e impredecibles que tacha de *sultanes*. En concreto, cuatro factores, notoriamente ciertos para los casos egipcio y tunecino:

- a) El Gobierno aparece como tan injusto o inepto que es percibido por una mayoría como una amenaza al futuro del país.
- b) Las élites, y en especial los militares, se alienan respecto del Estado y declinan seguir defendiéndolo.
- c) Hay una movilización de segmentos muy amplios y diversificados de los grupos étnicos, religiosos y las clases sociales del país.



- d) Los poderes internacionales, o bien rechazan seguir defendiendo al régimen, o bien le presionan para que no utilice al máximo su fuerza represiva.

## **(2) EL ESTAMENTO MILITAR**

El papel primordial del estamento militar en los países árabes movilizados hace aconsejable pararnos a examinar este actor principalísimo. En cierta manera, es pieza central del antiguo régimen, y en esa medida, eje de la hegemonía cerrada o régimen sultanista, aunque, a la vez, goce típicamente de amplia autonomía relativa, características que con seguridad le confieren un papel central también en todo proceso de salida del régimen dictatorial. Pondremos atención brevemente, a continuación, al especial tipo de estamento militar que predomina en al menos algunos países de la ola actual (especialmente en Egipto), y nos detendremos en cuatro de sus aspectos principales: 1) El papel típico de los militares en países del Tercer mundo; 2) El caso especial egipcio relacionado con las “revoluciones desde arriba”; 3) Los procesos de adaptación del estamento militar a una transición democrática; y 4) Los datos principales sobre los militares egipcios actuales.

Intentemos ante todo aclarar la expresión del encabezamiento. La expresión “estamento militar” viene a significar un cuerpo especial socialmente adscrito a la clase media que contemporáneamente, y también en el Egipto de Mubarak, responde a la caracterización que hizo Hobsbawm en su momento (1975:185) del estamento militar en regímenes postcoloniales:

El cuerpo de oficiales, compuesto en gran parte por miembros aspiracionales y emergentes de la clase media militar, cada vez más profesionalizados y con entrenamiento técnico, es menos probable que se identifique con una clase alta establecida, allí donde existe una. Políticamente, pueden ser más radicales (o ‘modernizadores’) en el sentido civil de la expresión (por ejemplo, en el siglo XIX, ‘liberales’), o en cierto sentido específico militar (como el ‘nasserismo’ en el siglo XX).

1. Hemos mencionado ya al papel protagonista que tiene, o va a tener, el estamento militar en los países árabes que encabezan la ola. Dos observadores entre los más cualificados, Castells y Naïr, identifican con razón

los dos principales efectos –ciertos– de este protagonismo pretoriano de cara a los acontecimientos que están por venir:

Por un lado, un factor de avance: “Es una paradoja increíble que las dictaduras hayan estado tanto tiempo apoyadas por sus ejércitos, y que sean estos, en Túnez y Egipto, los que conducen ahora el proceso democrático” (Naïr, 2011b).

Por otro, un factor de freno del proceso: “No será una transición tranquila: los mandos militares tienen muchos intereses que proteger” (Castells, 2011b).

En general, y con claridad después de la segunda Guerra Mundial, los procesos de descolonización hicieron emerger un numerosísimo grupo de países del Sur vertebrados alrededor de sus fuerzas armadas: “el predominio de regímenes militares, o la tendencia a ellos, unía a los estados del tercer mundo, cualesquiera que fuesen sus modalidades políticas o constitucionales” (Hobsbawm, 1995:349). La proliferación de estados nuevos, algunos diminutos, y la frecuente ingobernabilidad y falta de tradiciones e instituciones de autogobierno explican por qué en “situaciones semejantes las fuerzas armadas eran con frecuencia el único organismo capaz de actuar” (Hobsbawm, 1995:350); de lo que se puede derivar una cierta pauta general:

En resumen, la política de los militares, al igual que los servicios de información militares, solía llenar el vacío que dejaba la ausencia de política o de servicios ordinarios. No era una forma especial de política, sino que estaba en función de la inestabilidad y la inseguridad del entorno. (Hobsbawm, 1995:351; ver también 1975:187.)

Sea cual sea la composición social del cuerpo de oficiales, la tendencia al dominio de los militares es un reflejo, no tanto de su carácter, como de la ausencia de una estructura política estable. (Hobsbawm, 1975:186.)

Si se añade a todo ello que en el último medio siglo la mayoría de países del Tercer Mundo implantó políticas “de desarrollo” ante la acuciante necesidad de no perder el pie en la economía global (y que, por tanto, se buscaron atajos para el crecimiento económico y se implantaron numerosas reformas agrarias con ese fin), es comprensible que empezaran a proliferar regímenes militares que vertebraban el esfuerzo nacional en esa dirección, como los generales peruanos reformistas que instauraron una reforma agraria radical en 1969 (*Ibid.*

Hobsbawm 1995, p. 358). En esta tradición de garantes del desarrollo y centro institucional principal de una cierta estabilidad política se situaron también los militares egipcios, reforzados contemporáneamente por el papel estratégico de país mediador en el explosivo Oriente Medio que ha jugado y juega Egipto, “el país de los coroneles” (en alusión a Gamal Abdel Nasser, el que inició esas políticas en 1953). Hobsbawm (1975:189) resumió muy bien la esencia del nasserismo:

Así y todo, nos quedan unos pocos casos de regímenes pretorianos genuinamente innovadores: el Egipto de Nasser, Perú hasta 1960 y tal vez la Turquía de Ataturk. Podemos especular con la idea de que los tres se dan en países en los que es evidente la necesidad de una revolución social, donde varias de las condiciones objetivas para que estalle están presentes, pero también donde las bases sociales o instituciones de la vida civil son demasiado débiles para llevarla a cabo. Las fuerzas armadas, al ser en ciertos casos la única fuerza con la capacidad para tomar decisiones y llevarlas a la práctica, pueden verse obligadas a ocupar el lugar de las ausentes fuerzas civiles, incluso hasta el punto de reconvertir a sus oficiales en administradores... A pesar de que los resultados netos de sus esfuerzos puedan ser sustanciales –es virtualmente imposible concebir una vuelta de Egipto, Perú y Turquía a su antiguo régimen respectivo-, es improbable que sus resultados sean tan radicales como los de una genuina revolución social. El radicalismo de las fuerzas armadas sigue siendo una opción del tipo *second-best*: aceptable únicamente porque es mejor llenar un vacío político que dejarlo tal cual... Para resumir: la intervención militar en la política es un síntoma de fracaso político o social... En el tercer mundo, constituye un síntoma meridianamente claro de una revolución incompleta o abortada.

2. Un prestigioso estudio de Trimberger (1978) completa estas útiles pautas de inserción de los militares en el desarrollo económico y político del Tercer Mundo que descubre Hobsbawm. Trimberger estudió cuatro casos empíricos (Japón, Turquía, Egipto y Perú) para proponer un modelo teórico capaz de explicar su lógica (relativamente) común que, a mi entender, proporciona una cuarta pieza esencial para captar los acontecimientos de 2011 en los países árabes. Esta es la propuesta sintética de Trimberger (que nos ofrece una teoría para enlazar los sucesos actuales de Egipto con su *background* previo):

- a) El modelo se focaliza en un tipo de *revolución desde arriba* por parte de militares burócratas, que se diferencia tanto de los golpes de Estado

como de la *revolución desde abajo* con apoyo en las masas de carácter burgués o socialista.

- b) Este tipo de revolución prolifera entre los países del Tercer Mundo a mediados del siglo pasado. En esencia, consiste en una búsqueda de la industrialización y la modernización política y social por medio de la acción de un Estado en manos del estamento militar que se propone promover el “desarrollo”.
- c) La *revolución desde arriba* exhibe cinco características principales:
  - c.1) Apropiación “extralegal” del poder político y puesta en marcha de un cambio radical de las estructuras sociales por parte de militares de alto nivel y burócratas civiles del antiguo régimen.
  - c.2) Participación popular escasa en el inicio del cambio.
  - c.3) Escasa violencia política, emigración o intentos de contrarrevolución.
  - c.4) El cambio diseñado procede de manera pragmática con escasa referencia a ideologías radicales.
  - c.5) Al contrario de un golpe de Estado, la *revolución desde arriba* destruye la base económica y política de la aristocracia o la clase alta.

El estudio muestra que la Restauración Meiji japonesa, el nasserismo en Egipto y el gobierno militar de Perú después de 1968 satisfacen las cinco características indicadas; en cambio, la Turquía de Ataturk fue “solo marginalmente revolucionaria” (p. 3). Trimberger pronosticó en 1978 (p. 173) que las precondiciones para una *revolución desde arriba* que iban a proliferar en el Tercer mundo del último tercio del siglo XX, eran estas:

- a) Debilitamiento persistente de las clases terratenientes y fracaso de las burguesías del Tercer Mundo para promover una industrialización sostenida.
- b) Un estamento militar en la región con tendencia a ser crecientemente burocrático, relativamente autónomo y nacionalista. A la vez, temeroso de los levantamientos internos contra la dependencia y el subdesarrollo.
- c) El potencial de la *revolución desde arriba* dependería de las contradicciones y debilidades del sistema capitalista mundial, que

dejan más o menos campo de maniobra para que surja efectivamente.

- d) En aquellos países con pocas condiciones para una revolución desde abajo, la izquierda radical podría no tener otra opción que apoyar una *revolución militar desde arriba* (algo parecido ocurrió en Perú).
- e) Un desarrollo capitalista independiente del control exterior es algo imposible; las *revoluciones desde arriba* puede que promuevan algún grado de industrialización capitalista, pero ésta tenderá a dar lugar a un desarrollo económico dependiente, desigual y distorsionado (argumento que confluye implícitamente con el análisis de Hobsbawm).

Finalmente, la conclusión de Trimberger de 1978 (p. 174) puede leerse como relacionada con los acontecimientos actuales: “mi estudio sugiere que a los burócratas relativamente autónomos que, en una situación de crisis, se convierten en dinámicamente autónomos de las fuerzas de clase, solo les queda la capacidad de autoconstituirse en una nueva clase dominante, lo que en una economía mundial capitalista significa una clase capitalista.”

3. Por lo que se refiere a la adaptación de los militares a las condiciones de las nuevas democracias postdictatoriales, los estudios comparados que maneja llevan a Huntington (1994:210) al siguiente razonable estado de la cuestión militar en situaciones de cambio de régimen. El problema de cómo actuar en relación con los actos criminales de los funcionarios de los regímenes “autoritarios” (de momento, desde abril de 2011, Mubarak ya está encausado por actos de ese tipo) coincide con un problema más amplio, más duradero y políticamente más serio que afrontan muchas nuevas democracias: la necesidad de contener el poder político del estamento militar y transformar a las fuerzas armadas en un cuerpo de profesionales comprometidos a garantizar la seguridad externa del país.

La experiencia de las numerosas transiciones políticas entre 1975 y 1990, incluida la española de 1976 en adelante, muestra que en numerosos países los gobiernos democráticos llevaron a cabo programas claros –y urgentes- de,

podría decirse así, reinserción social del estamento militar (entre ellos, el de Felipe González y Narcís Serra en España); en cinco direcciones principales (Huntington, 1994: 219-228): 1) Profesionalización; 2) Política de misiones (para despolitizar el ejército, eliminando las funciones no militares y de seguridad interna, y dirigiéndolas a la defensa de la seguridad externa y las misiones internacionales); 3) Remoción de la cúpula militar anterior y creación de ministerios de defensa a cargo de funcionarios civiles; 4) Disminución del tamaño y modernización del equipo; 5) Mejora de las condiciones materiales del estamento militar y refuerzo de su imagen y estatus entre la ciudadanía.

Desde finales de 2011, los gobernantes egipcios y tunecinos están dando ya pasos para acomodar a su estamento militar respectivo a alguna de esas políticas.

4. Sobre el papel de los militares en el futuro próximo de la región sacudida por las revueltas, en términos generales, el experto Mathieu Guidère manifiesta un escepticismo radical: “Creo que los militares encauzarán estos estallidos revolucionarios y acabarán reteniendo el poder”.<sup>20</sup> Para el caso de mayor interés en este terreno, el egipcio, quizá la pregunta más relevante sea por qué las Fuerzas Armadas retiraron tan rápidamente su lealtad a Mubarak y precipitaron, así, una caída instantánea de la legitimidad del régimen (recordemos al respecto el modelo de Pzeworski expuesto más arriba). ¿Qué movió a los militares egipcios a dejar caer a Mubarak? La respuesta puede ofrecer las claves de cara a los próximos tiempos de la revolución egipcia.

Probablemente ninguna razón decente. O intereses de casta o presiones exteriores, o ambas cosas a la vez. Esto dice David Sanger en el *New York Times*: “El Ejército egipcio, calculando que ya no merecía la pena defender a un faraón de 82 años desconectado del mundo, sin ningún sucesor aceptable ni ningún plan convincente para el futuro del país, se puso finalmente del lado de quienes protestaban en las calles”.<sup>21</sup> Pero está por ver por cuánto tiempo, y además, es cierto que encauzó el trayecto hacia una vía democratizadora pero a la vez: 1) es probable que sea crecientemente el principal obstáculo a la

<sup>20</sup> *El País*, 21.02.2011, p. 6.

<sup>21</sup> David E. Sanger, “Cambiar o atacar, el Ejército decide”, *The New York Times-El País*, 3.03.2011, p. 1. El artículo da también alguna información valiosa acerca de las presiones norteamericanas sobre los militares de la región.

democratización institucional que necesita el país (al no querer abandonar el núcleo de sus privilegios e intentar retener su autonomía corporativa); y 2) ya ha reprimido violentamente en varias ocasiones a los activistas más persistentes.

En todo caso, ¿cómo son los militares egipcios de la era Mubarak que ingresan como actores en la crisis política que se abre en 2011 gracias a las revueltas? No hay duda de que el estamento militar egipcio, factor crucial en el proceso democratizador de esta ola de 2011, exhibe unas características *sui generis* (Sprinborg, 2011):

- a) El Ejército, compuesto por medio millón de individuos, es el mayor de Africa, el undécimo del mundo y ocuparía el puesto número tres si Egipto estuviera en la OTAN (detrás de EEUU y Turquía).
- b) La ayuda militar norteamericana a Egipto ha sobrepasado los 40.000 millones de dólares; y Bush Jr. se comprometió a mantener por diez años más una ayuda militar anual directa de 1.300 millones de dólares.
- c) Las fuerzas armadas parecen mantener un estatus interno de institución estimada y comprometida con la nación, en parte por la historia contemporánea de dominación del régimen colonial y las guerras de 1948 y 1956 y su enfrentamiento bélico con británicos, franceses e israelitas.
- d) El Ejército mantiene espacios sustanciales de autonomía corporativa: “dirige un floreciente imperio económico” y mantiene un presupuesto propio separado del presupuesto nacional. Estamos ante una auténtica “economía militar”. Ministerios cercanos, como el de Economía, carecen de jurisdicción sobre el ejército, y ese ministerio tiene prohibido explícitamente publicar informaciones sobre los gastos militares, que hasta ahora determinaba el propio rais Mubarak, que los sustraía a la supervisión parlamentaria.
- e) Tantawi, el actual presidente del Consejo que se ha hecho con el mando de la política democratizadora, ha sido ministro de Defensa y ministro de Producción Militar (a cargo de la “economía militar”), “lo cual indica hasta qué punto los militares y su imperio económico están entrelazados” (Springborg, 2011:26).
- f) Todo lo anterior lleva a este observador (Springborg, 2011:28) a esta razonable conclusión de cara al proceso político de cambio institucional

que se avecina: “El hecho de que la sociedad civil sea capaz de afirmar un grado sustancial de supervisión [hasta el presente, por completo inexistente] sobre los militares tras el levantamiento de enero, proporcionará una prueba clave del nivel de democracia que prevalecerá en el nuevo orden”.

Hobsbawm (1995:163), refiriéndose a los militares españoles, propone una noción que seguramente nos ayuda a entender la conducta de los militares egipcios en 2011 (y quizá la del futuro próximo): “los momentos de victoria democrática y de movilización de las masas no son ideales para los golpes militares, que para su éxito necesitan que la población civil, y por supuesto los sectores no comprometidos de las fuerzas armadas, acepten sus consignas... El pronunciamiento clásico tiene más posibilidades de éxito cuando las masas están en retroceso o los gobiernos han perdido legitimidad”. Los militares egipcios de finales de 2011 ofrecen muchos indicios de una seguridad en sí mismos, como cuerpo, que los mantiene alejados por el momento de estas presiones que señala Hobsbawm: están a verlas venir; pero el empuje del movimiento democratizador y la división de las preferencias políticas que han mostrado las primeras elecciones (en 20.01.2012, con mayoría para los partidos islamistas), pueden actuar de elementos disgregadores que pongan en peligro esa aparente cohesión interna del estamento militar.

### **(3) EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL CAMBIO DE RÉGIMEN**

1. Los argumentos examinados más arriba, y el de Stepan que sigue, hacen pensar que en todo cambio de régimen que se deshace de una dictadura o hegemonía cerrada, la sociedad civil juega un papel estratégico, por un lado, y que, por otro, la interacción de ésta con el estamento militar constituye el eje crucial de la dinámica política en un contexto así. En situaciones de malestar severo de la población respecto de una dictadura, la dinámica interactiva entre “la sociedad” y “el régimen” es con frecuencia difícil de medir con precisión. Pero hay un acuerdo muy amplio en la sociología política sobre el hecho de que el análisis de la sociedad civil en presencia contiene la clave de cómo se va a desplegar esa dinámica interactiva. Alfred Stepan (1986:79, cursivas mías) ha resumido con maestría los puntos esenciales de la misma:

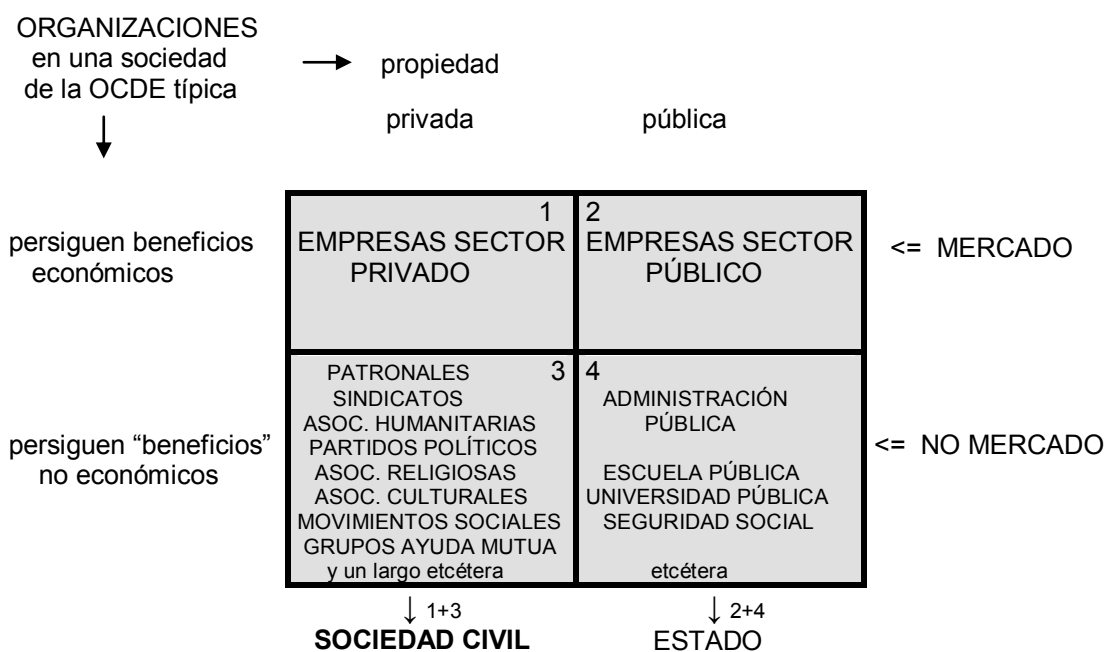


*El poder de la sociedad civil para crear y canalizar las presiones sociales es extremadamente importante cuando se trata de una redemocratización exitosa, en particular por lo que se refiere a los tres subtipos de la senda 4 [véase el epígrafe 4 más abajo]. En las sendas 4a [redemocratización iniciada por líderes políticos civiles o reconvertidos a civiles] y 4b [redemocratización iniciada por el “estamento militar en tanto que gobierno”], los elementos de la línea moderada dentro del régimen autoritario serán incapaces casi con toda seguridad de convencer a los de la línea dura de que una liberación o una redemocratización sean una necesidad institucional: lo máximo que los elementos de línea moderada pueden conseguir es una liberalización. Por lo que se refiere a la senda 4c [redemocratización dirigida por el “estamento militar en tanto que institución”], cuanto menores las presiones sociales, mayores son las prerrogativas que los militares pueden exigir en el período postliberación. Finalmente, para la mayor parte de las sendas, la fortaleza y debilidad políticamente organizada de la sociedad civil determina en gran medida las barreras a la re-entrada de los militares en el período posterior a la redemocratización.*

En los casos tunecino y egipcio, la democratización no ha sido impulsada ni por líderes civiles del régimen, ni por el estamento militar como gobierno, ni como institución. Como hemos señalado más arriba, el impulso principal procede de la sociedad civil, de fuera del régimen; pero es cierto, lo hemos dicho, que el impulso chocó muy deprisa con el obstáculo, esperado, del estamento militar, que no reprimió a los activistas del movimiento democratizador pero tampoco se unió a ellos. Como mucho, al menos para el caso egipcio, se podría decir que los militares como institución (senda 4c) han tolerado la llegada del fin del régimen del que ellos mismos eran la espina dorsal. Una opción pragmática cuyo futuro dependerá seguramente de dos factores procedentes de la misma sociedad civil, a saber, la posición estratégica que tomen los partidos mayoritarios que han ganado las primeras elecciones en Egipto, y su encuentro o desencuentro con el estamento militar; y sobre todo, la posición del movimiento democratizador que hegemoniza por el momento las calles pero no las urnas. Parece evidente que la adaptación mutua entre militares y movimiento democratizador es mucho más improbable que se produzca que algún tipo de sintonía entre militares y partidos, mientras que no es nada impensable que militares y partidos islamistas se pongan de acuerdo para liquidar al movimiento.

2. En condiciones poliárquicas, por supuesto, la sociedad civil no sólo es un componente imprescindible de la liberalización política existente sino que constituye la característica más distintiva de una poliarquía: ningún otro régimen político estable conocido da voz política (reconocida) en la esfera pública a un conjunto de unidades (asociaciones y organizaciones) que forman parte de la esfera privada. Una operacionalización útil de *sociedad civil*, que es a la que nos atendremos aquí, aunque demasiado simple para el tratamiento de ciertos objetos, es la de Anthony McGrew (modificada ligeramente por mí, Diagrama 3). Pero, ¿qué papel juega la sociedad civil en condiciones de largas hegemonías cerradas (como fue el caso de la España franquista y ha sido el de los países árabes examinados)? ¿Existe?

**Diagrama 3 Asociaciones y organizaciones en sociedades complejas**  
 (Anthony McGrew, modificado por Salvador Aguilar)<sup>22</sup>.



La respuesta es afirmativa. En esas condiciones, las que nos interesan aquí, las asociaciones y su actividad (celda 3 en el diagrama) son en una mayoría de casos impracticables y de alto riesgo, por lo que la sociedad civil se "invisibiliza", aunque se pueda captar su existencia por medio de numerosos indicios. No existen asociaciones, sobre todo las políticas, pero a) existen otro

<sup>22</sup> Anthony McGrew, "The State in advanced capitalist societies", cap. 2 de Allen-Braham-Lewis (eds.), *Political and economic forms of Modernity*, Polity, Londres, 1992, p. 70.

tipo de redes, b) aquéllas acostumbran a “camuflarse” en otro tipo de formatos institucionales (asociaciones culturales o acciones colectivas de masas del tipo “turba”, que actúan y desaparecen con gran rapidez), y c) la propia acción colectiva, aunque selectiva y contenida, constituye un indicador de la parte soterrada de la sociedad civil.<sup>23</sup> En algunos casos extremos, “totalitarios” (H. Arendt), la sociedad civil se desintegra prácticamente por completo por efecto de la feroz y permanente represión, la emigración de los activistas, y el miedo cerval que domina al conjunto de la población (“generalísimo” Franco: “¿Quieren un consejo? No se metan en política, como hago yo”)<sup>24</sup>; el caso de la URSS bajo Stalin ilustra la idea y es el factor principal que explica que, para el momento de una posible democratización (bajo Gorbachov), el inmenso país contara con un par de centenares de disidentes y el más emblemático, Sajarov, estuviera desterrado en Siberia (por tanto, sin ninguna posibilidad de iniciar nuevas redes), y que, para la época actual, la Federación Rusa siga mostrando esa peculiar y persistente incapacidad para democratizar la sociedad.

3. Para los casos tunecino y egipcio, se plantea una afirmación y una paradoja:

- a) La afirmación consiste en postular la inexistencia de una sociedad civil vigorosa bajo el régimen predecesor. Los datos disponibles son escasos por el momento, pero el propio formato de las revueltas cívicas mencionadas, con una estructura asociativa de coordinación más bien baja, sugiere que la afirmación es correcta. Sin embargo, tenemos aquí un punto estratégico para desentrañar: ¿cómo se formaron las estructuras de movilización en esos dos países; se trató efectivamente de una leve red organizada de activistas y una gran participación espontánea de la población inmersa en un “momento de locura”? ¿Cómo explicar entonces la protesta *sostenida*? Estamos aquí ante una “fuerza oscura” (Nair 2011b) para la que, de momento, los observadores han inventado categorías pintorescas; el propio S. Nair lo expone así:

<sup>23</sup> Por ejemplo, en forma de huelgas más o menos “salvajes”, pero a veces rondando el perfil de huelga general. Este es el caso de Egipto en los primeros días de febrero de 2011 (Robinson, 2011, p. 38).

<sup>24</sup> Cita aproximada.

Los observadores han inventado una categoría bastante curiosa para explicar a la vez el poder y la debilidad de esos procesos revolucionarios: la *calle*. Se dice que la calle, las manifestaciones convocadas en Internet, facebook y los sms, se movilizará para exigir, por ejemplo en Egipto, que Mubarak sea juzgado... En todos los casos, esa fuerza oscura... permanece aún milagrosamente intacta.

- b) Por otro lado, la paradoja, que es la siguiente. Hay coincidencia en que el estallido de Túnez y Egipto fue fundamentalmente endógeno y autoorganizado, y no producto de una gran organización previa y ayuda exterior. ¿Cómo explicar a la vez esa capacidad, propia en condiciones normales de una sociedad civil con profundas –aunque poco visibles, para mantener su integridad- tradiciones asociativas (como fue el caso de la polaca en los años preparatorios de 1989), y la ausencia evidente de las mismas en el momento de las revueltas árabes, donde por definición se requiere “poner toda la carne en el asador”?

Para los casos tunecino y egipcio, disponemos de diversas indicaciones útiles, como la de Antonio Elorza, politólogo conocido, como Sartori, por su insistencia en la presunta incapacidad democrática inmanente del islamismo (insistencia que ha quedado también, como la de Huntington, refutada en las calles de Túnez y El Cairo); Elorza (2011), propone que en esos dos países han existido previamente unas “formas de oposición latentes”, “organizaciones larvadas pero actuantes en la sociedad civil”, formas de pluralismo limitado visibles en asociaciones de derechos humanos en Túnez, legalizadas, y los mismos Hermanos Musulmanes egipcios. Garton Ash (Ash, 2011b) menciona a los sindicatos tunecinos que “han desempeñado un papel importante”; para el caso egipcio, “están Mohammed el Baradei y su Asociación Nacional para el Cambio, y el líder de la oposición encarcelado Ayman Nour, pero no ha surgido verdaderamente ningún frente popular, foro cívico ni gran estructura de otro tipo”. Pero los datos disponibles (ver Springborg 2011:28) sugieren mayoritariamente la existencia, como parece lógico, de una sociedad civil “pasiva” típica de las hegemonías cerradas de trazo duro (situación análoga al caso español bajo el franquismo).

Disponemos también, y dispondremos en el futuro, de los indicios procedentes de la contienda política interna posrevolucionaria. Por ejemplo, este: el 1 de marzo, un Comité de Protección de la Revolución tunecino hace peligrar el proceso de transición desde arriba y exige la creación de una Asamblea Constituyente, que el Ejecutivo acepta. El Comité lo forman “decenas de asociaciones y colectivos profesionales, media docena de partidos políticos, muchos de ellos de nuevo cuño, y el poderoso sindicato Unión General de Trabajadores Tunecinos”.<sup>25</sup>

En conclusión, el papel de la sociedad civil en las revueltas y revoluciones árabes ha sido, a la vez, *crucial* para desencadenar los procesos de cambio de régimen y un tanto *enigmático* si consideramos que todavía es un actor sin rostro (al no resultar evidentes cuáles son los focos o tramas asociativas en el núcleo de la sacudida que han inducido). Sin duda este es un aspecto de las revoluciones que se irá conociendo con el tiempo y sobre el que se hace necesario investigar.

#### **(4) QUÉ APRENDER DE LAS OLAS PREVIAS Y DE LOS MODELOS TEÓRICOS**

Para orientarnos ante la aparición de fenómenos nuevos y, a veces, desconcertantes, parece oportuno recurrir a la buena teoría. McAdam, Tarrow y Tilly han explicado agudamente por qué (2005:27):

El intento de explicar cualquier proceso social complejo (contencioso o no) implica tres pasos: 1) la descripción del proceso, 2) descomponer el proceso en sus causas básicas, y 3) recomponer esas causas dando lugar a una explicación más general sobre cómo tiene lugar el proceso. La buena descripción, sin embargo, nunca parte de cero... necesita de una guía fiable para describir. Lo que hace una guía fiable es identificar las características que debemos buscar, características que, claramente, se encuentran dentro de lo que debemos explicar

Si partimos de la hipótesis de que estamos presenciando el inicio de una nueva ola democratizadora, nos proponemos escrutar, brevemente, las olas previas y los modelos teóricos comparados a que dieron lugar para contribuir a *leer* mejor lo que ahora está ocurriendo. Selecciono para ello cuatro de las, a mi entender, mejores elaboraciones teóricas previas: las de Alfred Stepan

<sup>25</sup> I. Cembrero, *El País*, 2.03.2011, p. 7.

(1986), Samuel Huntington (1994), O'Donnell-Schmitter (1986) y McAdam-Tarrow-Tilly (2001).

1. Fruto de una investigación empírica y comparada, Alfred Stepan establece ocho caminos alternativos “que conducen a la finalización de regímenes autoritarios” y al proceso subsiguiente de democratización (1986:65). Los tres primeros se refieren a procesos de retorno a un sistema poliárquico producidos al finalizar la segunda Guerra Mundial; en rigor, se trata de redemocratizaciones y son poco pertinentes para nuestro objeto aquí. Los tres siguientes tienen que ver con lo que he denominado transiciones *puras*: la salida de dictaduras que se inicia por iniciativa del régimen dictatorial y conlleva una transición negociada pero bajo control del viejo régimen: en un primer caso, la iniciativa la lleva un sector del funcionariado civil del antiguo régimen (caso español); en un segundo caso, son los militares en el gobierno los que inician el proceso (caso chileno); y en un tercer caso, son los militares en tanto que institución los que llevan la iniciativa (caso portugués de 1974). Los tres casos son el meollo de las transiciones a la democracia conocidas y el autor muestra con claridad lo importante que va a ser para la era postransicional que el caso sea uno u otro de entre esas tres variantes; pero, aquí también, los casos tienen poca relevancia para unas circunstancias, como las árabes, que no se corresponden con estas condiciones (como mucho, se podría pensar que el tercer caso podría ayudar a comprender lo que *ocurrirá* en Egipto). Tres casos más pueden eliminarse porque tampoco son pertinentes para nuestro objeto.<sup>26</sup>

El caso restante es el final del régimen autoritario “conducido por la sociedad”, con lo que el autor se refiere a esas situaciones donde el cambio de régimen procede de “protestas difusas desde organizaciones de base, huelgas generales masivas pero no coordinadas, y la retirada general de cualquier apoyo al gobierno”. Añade significativamente el autor que “visto más de cerca, esta es una ruta hacia un cambio de régimen más que hacia una redemocratización completa”, aunque piensa que por sí solos, los

---

<sup>26</sup> Se trata de: pacto interpartidario; revuelta violenta organizada que coordinan los partidos democráticos reformistas; y la “guerra revolucionaria conducida por marxistas” (Stepan se refiere a la Nicaragua de 1979).

levantamientos “conducidos por la sociedad” son incapaces de llevar a una real democratización (1986:78). Ejemplifica esta ruta con tres casos: Grecia en 1973, presionada la dictadura por levantamientos estudiantiles; la Argentina posterior al “cordobazo” en 1969; y Perú después de la huelga general de 17 de julio de 1977.

El modelo de Stepan: a) contiene sorprendentemente pocos mecanismos de entrada, por así decir, para encajar allí las revoluciones árabes de 2010-2011, lo que es un indicador de la gran diferencia de condiciones ambientales entre la tercera ola y la actual; y b) contiene su categoría de final de régimen “conducido por la sociedad”, claramente periférico en su modelo, pero que sí es valioso y sugerente para nuestro objeto. No es totalmente descartable que en alguno de los países donde ha prendido la cuarta ola democratizadora sea esa transformación “conducida por la sociedad” la que acabe cuajando; la razón principal es la conjunción de una posible situación de bloqueo político y el formidable impulso desde abajo propiciado por coaliciones revolucionarias con escasos vínculos organizativos (esto es, que conceden tácitamente el protagonismo principal a la sociedad civil radicalizada que, entre otras hazañas, ha descabezado fulminantemente las dictaduras tunecina y egipcia). Más abajo nos ocupamos de estas coaliciones.

2. ¿Podemos tratar a los “regímenes autoritarios” (Huntington, Stepan) como un todo básicamente homogéneo? Ciertamente, no. En primer lugar, porque el perfil que han mostrado durante 2011 los distintos regímenes “fuertes” de la región es de una gran variedad, que ha captado con pericia el politólogo mencionado, Antonio Elorza (2011b):

La pérdida del miedo no depende solo de una dosis mayor o menor de heroísmo. El miedo se tiene a algo o a alguien, y su superación depende también de la amenaza, o mejor de la forma de la amenaza, definida por aquel que lo provoca.

Al calificar justamente de dictaduras a los regímenes de Ben Ali y de Mubarak, con omnipresencia policial y violación reiterada de los derechos humanos, suele olvidarse que ambos eran regímenes autoritarios, desprovistos tanto del totalitarismo horizontal (totalismo) protagonista en Irán del aplastamiento de la *revolución verde*, lejos de la transición que algunos pronosticaron, como del vigor propio de los despotismos consolidados en Libia y Arabia Saudí, abatibles solo mediante una acción militar. En Túnez y Egipto persistía cierto pluralismo,

posible relevo del dictador en el vértice, y asimismo en la sociedad civil, como prueban la actuación legal de la asociación tunecina de defensa de derechos humanos o, aún con mayor peso, de los Hermanos Musulmanes en Egipto. Y un Ejército autónomo. Existían límites predecibles a la actuación represiva del Gobierno que tendrán en cuenta los movilizados... En Irán, Libia o Arabia Saudí esos límites hoy no existen...

El miedo impera allí donde el aspirante a la libertad tiene ante sí un muro de apariencia infranqueable. (...) El triunfo del miedo culmina cuando los códigos de la represión resultan legibles y son asumidos por la población a modo de forma natural de existencia. Códigos ambiguos o debilidad pasajera –ejemplos el episodio final de Robespierre o la RDA en 1989-, y el castillo se derrumba.

Y en segundo lugar, porque el mismo término *régimen autoritario* es objetable y poco satisfactorio. La dicotomía “regímenes autoritarios” vs. “regímenes totalitarios” deriva más o menos vagamente de la obra de Hannah Arendt y, ya sin ambigüedades, fue elevado a criterio de distinción, primero por Juan Linz en su caracterización del franquismo como “régimen autoritario” (Linz, 1973) y, después, por el mismísimo secretario de estado norteamericano bajo Reagan general Alexander Haig, que lo utilizó como criterio para conceder la ayuda norteamericano a regímenes “autoritarios” (el Chile de Pinochet) y no a los “totalitarios” (Cuba). Sin comentarios: un producto neto de la Guerra Fría. En segundo lugar, es un término no solamente confuso y manipulador sino también ideológico: evita nombrar a ciertos regímenes como fascistas, una categoría más clara y aplicable a ciertos casos.

Dicho esto, es cierto que en una mayoría de casos, cuando hablamos de “dictaduras” o de “hegemonías cerradas” nos estamos refiriendo a una enorme número de sistemas políticos autocráticos que, especialmente en el Tercer Mundo, responden a un perfil aparentemente simple y similar (recuérdese la caracterización de una dictadura como “hegemonía cerrada” más arriba). Pero solo aparentemente. Huntington nos ofrece una tipología de regímenes de este tipo que muestra su utilidad para comprender la diferente lógica de sistemas que parecen similares:

- a) Huntington opera con una noción simple de “regímenes autoritarios”, que “se definen simplemente por la ausencia de esta base institucional”: elecciones competitivas, participación en ellas de “el grueso de la



población”, selección mediante las mismas de los principales miembros de un gobierno (1994:107).

- b) Según esa definición, distingue una larga lista de regímenes bien diferentes entre sí pero “autoritarios”: monarquías absolutas, aristocracias feudales, estados sucesores de los imperios continentales (procedentes de la primera ola); estados fascistas, autocracias coloniales, dictaduras militares personalistas (procedentes de la segunda ola); y sistemas unipartidarios, regímenes militares y dictaduras personalistas (procedentes de la tercera ola); así como los sistemas jerárquicos comunales (u oligarquías raciales, como Sudáfrica). Y a continuación muestra cómo, en la práctica, los casos históricos de regímenes autoritarios siguen trayectos que combinan varios de estos tipos (por ejemplo, la Polonia de principios de los años 1980 combinó elementos de sistema de partido único y de un sistema militar basado en la ley marcial y presidido por un general; 1994:109-111), y que por tanto tienen que ser estudiados en su evolución dinámica.
- c) Lo mismo ocurre con los casos históricos de cambio de régimen: “empiezan siendo de un tipo y acaban siendo de otro” (1994:112). ¿Son iguales o similares las salidas de dictaduras o hegemonías cerradas? Tampoco: “Cada caso histórico combina elementos de dos o más procesos de transición. En realidad, cada caso histórico, sin embargo, se aproxima más claramente a un tipo de proceso que a otros” (*Ibid.*). El modelo de Huntington en este punto, aunque no totalmente preciso, es muy sugerente para pensar los acontecimientos de las revoluciones árabes que se avecinan (orientados a crear una nueva institucionalidad). Intentaremos sacarle partido partiendo de nuestro acuerdo con su última frase: se trata de derivar tipos abstractos de los casos empíricos y, sobre esa base, examinar nuevos casos empíricos para establecer la combinación dominante de tipos (que, a su vez, remite a unas lógicas y modelos de análisis más que a otros); por otro lado, la propuesta del autor norteamericano es un punto de partida para abordar la otra cuestión crucial, a saber, cómo “se relaciona la naturaleza del régimen autoritario con la naturaleza del proceso de transición” (*Ibid.*).

Huntington distingue entre cuatro variantes empíricas de “transición”: “transformaciones” (los que están en el poder juegan un papel decisivo para poner fin al antiguo régimen: España, Brasil, Hungría; 1994:120 y ss.); “reemplazos” (los reformistas dentro del régimen son débiles o no existen, mientras que la oposición “acosa al gobierno”; éste es reemplazado cuando “se vuelve más débil que la oposición”: Portugal, Alemania oriental, Filipinas; p. 135 y ss.); “traspasos” (“la democratización se produce por la acción combinada de gobierno y oposición”: Polonia, Checoslovaquia, Sudáfrica); y finalmente, “intervención” (externa). Distingue también cuatro variantes de régimen autoritario: de partido único, personalista, militar y de “oligarquía racial”.<sup>27</sup>

En resumen, si más arriba hemos atendido, con el modelo de Przeworski, a los factores que contribuyen a liquidar una dictadura prolongada que cuenta con pocos apoyos pero carece de alternativas claras, la teorización de Huntington sirve para conceptualizar el paso siguiente: la *salida* de la dictadura. Los datos disponibles sugieren que las revoluciones árabes, que todavía no han iniciado el camino para culminar el cambio de régimen con una nueva estructura institucional, es posible que se sirvan de un esquema innovador que todavía no podemos percibir. Los datos que tenemos sobre Túnez y Egipto no van en la dirección ni de un *traspaso* ni de una *intervención externa* (que sí se ha producido, en cambio, en el caso libio); o ponen en práctica una variante innovadora o, al menos Egipto, puede que recree las condiciones de una *transformación* (con el estamento militar llevando a la práctica a partir de ahora alguna de las tres subvariantes de la senda 4 de Stepan) o, en el futuro, un *reemplazo*.

Para concluir los comentarios sobre cómo caracterizar esos regímenes predecesores que se han desplomado o se tambalean en la Cuarta Ola democratizadora, parece conveniente insistir en que son algo más que “autoritarios”, porque tienen en común algunas características poco frecuentes que pueden ser decisivas para orientarse en los acontecimientos del tránsito

<sup>27</sup> Ambos conjuntos de categoría y sus respectivos ejemplos prototípicos están recogidos en el Cuadro 3.1 de la p. 110 del estudio de Huntington.

desde la sociedad predecesora a la sucesora. A mi entender, Huntington admite parcialmente esta posibilidad al mencionar como una de las variantes autoritarias la de los regímenes “personalistas” (el caso actual de Ali, Mubarak, Gadafi, El Assad). Un observador, y gran experto en revoluciones, Jack Goldstone (2011:8), ha llamado la atención sobre los regímenes cleptocráticos de la región a los que hemos aludido, destacando no solo su condición de dictaduras unipersonales y cleptocráticas, o su configuración como “hegemonías cerradas”, sino en particular su característico comportamiento como regímenes “sultanistas”. Esta noción procede de Weber y ha sido perfeccionada por Juan Linz y Alfred Stepan (1996:44,51), que denominan así a regímenes como los de Duvalier en Haití, la República Dominicana de Trujillo, el Irán del Shah o la Rumanía de Ceausescu, donde:

- a) El pluralismo económico y social no desaparece pero está sujeto a intervenciones despóticas e impredecibles.
- b) Utilizan una pseudoideología basada en una glorificación extrema del déspota.
- c) Hay también una carencia de organización permanente, substituida por métodos clientelares y coercitivos complementados ocasionalmente por grupos de matones paraestatales que intimidan mediante una violencia extrema.
- d) Y a la vez, un liderazgo altamente personalista y arbitrario carente de correcciones racional-legales que muestra una fuerte tendencia a crear dinastías.

Como se puede comprobar, la noción encaja bien para los casos egipcio y tunecino, pero también para la Libia de Gadafi, la Siria de Bashar El Assad y, en realidad, muchos de los quince casos destacados en la Cronología.

### 3. O'Donnell y Schmitter.

Su estudio conjunto de 1986 ha sido durante mucho tiempo el manual para desentrañar (e incluso para impulsar) las transiciones democráticas que se inician con la portuguesa en 1974. El estudio pone el énfasis en que a) toda transición es un intercambio de continuidades por discontinuidades; b) que el actor central es una coalición de moderados procedentes del antiguo régimen y moderados de la antigua oposición democrática; y c) que se trata de un

proceso de ingeniería política cuyo fin es trasladar una hegemonía cerrada a una poliarquía postransicional por medio de una permanente negociación en el seno de esa coalición y por medios fundamentalmente pacíficos. Su perspectiva se centra en el aspecto innegable de pacto desde arriba entre las élites políticas como aspecto explicativo básico de estos fenómenos.<sup>28</sup>

Puede afirmarse que, para interpretar los acontecimientos de la Cuarta ola democratizadora, numerosos acontecimientos, muchos de ellos por venir, se pueden analizar con provecho a partir de este modelo teórico. Sin embargo, hay un factor central de los casos tunecino y egipcio que es “contracíclico”: contradice alguna lógica fundamental del modelo de O’Donnell y Schmitter; me refiero a que la conocida curva en forma de U invertida que el modelo postula para la movilización ciudadana ha sido, en esos países, no posterior sino anterior al propio proceso de transición. Esta a primera vista desconcertante condición de las revoluciones árabes augura unas potencialidades de transformación que exceden con mucho los límites de las transiciones de la ola examinada por nuestros autores, la tercera. La lógica de esta, en efecto, pasaba por una reivindicación desde abajo, titubeante y –con razón– temerosa, que trataba de identificar los límites (invisibles) de las acciones toleradas por los detentadores del poder, que eran los que llevaban la iniciativa principal del proceso transicional; para Egipto y Túnez, en cambio, lo que encontramos es un impulso popular desde abajo de una fuerza irresistible, que descabeza con rapidez el régimen predecesor y lo coloca a la defensiva, y que persiste en su determinación y defensa de los intereses populares.

Esta segunda situación es la que ha permitido a autores muy perceptivos, como son S. Maher y Samir Amin (en este mismo Anuario), subrayar el potencial de cambio postcapitalista y socialista que existe al menos en esos dos países. De confirmarse, estaríamos ante casos innovadores de “revoluciones sociales” en ciernes, algo que he puesto en duda pero no se puede descartar por completo. A mi entender, Immanuel Wallerstein (2011) aporta luz en este punto al proponer, de manera que considero más realista, que estas revoluciones árabes, como los revolucionarios de 1968, más que

<sup>28</sup> Aunque con frecuencia eso la convierte en un modelo teórico poco flexible, al no dejar espacio para las muchas “anomalías” de los casos concretos. Para alguna de ellas, véase por ejemplo el agudo artículo de J.M. Colomer, “Poco pueblo y poco plan”, en *El País*, 29.11.1995, p. 11, para el caso español.

buscar el socialismo lo que hacen es protestar “contra el comportamiento inherentemente no democrático de los detentadores de la autoridad”; Sami Nair (2011c) acierta también al subrayar que uno de los ingredientes de las revoluciones tunecina y egipcia consiste en que son “revoluciones democráticas que llevan en sí reivindicaciones sociales radicales”, aunque, según los indicios, no socialistas.

#### 4. McAdam-Tarrow-Tilly

Estos estudiosos lideran desde hace años la investigación más solvente en el área de lo que ellos llaman *contention* o contienda política, término introducido por Charles Tilly para designar una nueva forma de concebir el conflicto social. Su obra colectiva de 2005, contiene una nueva manera de enfocar el análisis de la transición española que ha hecho justamente fortuna. Utilizan la perspectiva de las élites tan bien analizada por Schmitter y O’Donnell (epígrafe anterior), pero muestran en su análisis del caso español (2005:190 y ss.) el papel decisivo, también, de la presión desde abajo –las manifestaciones callejeras de 1976- una vez la transición ya ha comenzado. Es un enfoque necesario y muy útil para otras transiciones, también para la previsible salida de la dictadura de al menos algunas de las revoluciones árabes, pero está por ver si será primordial para éstas, dado que, a diferencia del caso español, como hemos apuntado, se han generado endógenamente, por impulso propio de las sociedades civiles, caso inédito entre 1974 y el presente, y han ocurrido *antes*, no después, de iniciada la transición.

#### **(5) DEMOCRATIZACIÓN ORIGINAL**

El antiguo régimen (epígrafe 1) y el estamento militar en su centro (epígrafe 2) constituyen el núcleo político que organiza y controla la sociedad predecesora que prolifera en la región. Ambos han quedado seriamente alterados por el empuje de las revueltas, lo que nos conduce ahora a examinar la parte dinámica de nuestro objeto. ¿Qué ha ocurrido, y cómo, para que ese núcleo político predecesor haya quedado notablemente trastocado?

1. A mi entender, la sociología política contemporánea ha aprendido a diferenciar cuatro procesos, que a veces intersectan de manera compleja, relativos a la modernización política de las sociedades: *democratización*, *redemocratización*, *transición pura a la democracia* y *transición oportunista a la democracia*.

Un proceso de democratización significa que, por primera vez en su historia, una comunidad política se dota de las instituciones y la cultura política popular y mediáticamente conocidas como *democracia*. El proceso ha sido caracterizado con precisión por Charles Lindblom y, sobre todo, Robert Dahl (Dahl y Lindblom, 1953; Dahl, 1971), que introducen el término –más técnico– de *poliarquía* para denominar un sistema político (“la democracia” o democracia liberal) que, según lo visto en el Diagrama 2, se caracteriza por ser notablemente liberalizado (alta capacidad de discrepancia política de los actores) y, a la vez, abierto a un grado elevado de democracia electoral y, en esa medida, a una forma de participación política. *Poliarquía*, por tanto, designa una situación donde hay una relativa pluralidad de poderes, existe el derecho a la discrepancia política y donde la ciudadanía tiene la oportunidad de concurrir periódicamente a unas elecciones razonablemente limpias y competitivas. Dahl y otros estudiosos (Guillermo O’Donnell [1996], entre otros), nos proporcionan adicionalmente un catálogo de “garantías institucionales” (Dahl, 1971:3) que nos permiten medir con facilidad el grado efectivo de democratización (de instalación de una poliarquía) en un determinado estado-nación en cualquier momento del tiempo.

Complementariamente, Dahl (1971:7), utilizando su modelo-diagrama de la poliarquía, nos ofrece una pedagógica descripción de los dos caminos clásicos para alcanzar históricamente una poliarquía (esta es precisamente la democratización original): el seguido por Reino Unido y Suecia, por ejemplo, donde la liberalización antecede a la participación; y por Alemania, donde la participación antecede a la liberalización. Su modelo, finalmente, permite representar la transición política como un paso súbito y directo desde una “hegemonía cerrada” (alguna variante de dictadura: baja liberalización y baja participación) hasta un sociedad relativamente democrática (una poliarquía).

A su vez, las transiciones políticas, fenómeno inaugurado en 1974 con la Revolución de los Claveles en Portugal, admiten como mínimo dos variantes

principales (Aguilar, 1993). De un lado, una transición *pura*, cuando el tránsito es fundamentalmente de carácter endógeno (debido al impulso y con frecuencia presión desde la sociedad civil interna) o a la vez endógeno-y-exógeno (la presión de otros países o instituciones internacionales), impulso que impone en breve plazo una institucionalización básica de la poliarquía (que culmina en una Constitución democrática, libertad de organización partidaria, elecciones libres y reactivación o visibilización de la sociedad civil) después de la cual se entra en un período postransicional de duración indeterminada que, supuestamente, conduce a una “consolidación” democrática (Linz y Stepan, 1996; Gunther, Diamandouros y Puhle, 1995). Y de otro lado, una transición *oportunist*a, cuando un determinado sistema político de naturaleza autocrática se ve obligado por presiones fundamentalmente externas a democratizar con urgencia su estructura institucional y, por tanto, se ve obligado a iniciar la dinámica de una transición aunque carente de fuerzas y condiciones internas favorables (un caso es el de la Federación Rusa después del colapso de la URSS en 1989-1991; con frecuencia, las transiciones “oportunistas” tienen también que ver con problemas graves imposibles de gestionar sin una cierta legitimidad democrática, por ejemplo, una crisis económica severa).

Finalmente, la *redemocratización*. Esta se produce cuando un país democrático ha perdido esa condición, por causas internas o externas, y la recupera de nuevo. Cuando la causa es externa, nos hallamos ante países que han sido conquistados por alguna potencia extranjera no democrática que les impone un régimen de la misma orientación (el caso clásico es el conjunto de países europeos que sufrieron la invasión nazi y recuperaron su condición original de poliarquías al acabar la segunda Guerra Mundial). Cuando la causa es fundamentalmente interna o, al menos, interna-y-externa, nos hallamos ante el caso previo de transición pura, que podemos ejemplificar con el caso español de 1976-1982.

2. ¿Cómo se insertan los datos hasta ahora disponibles sobre las revoluciones árabes en este cuadro familiar de conocimientos de la sociología política?

Primera consideración. En los casos de Túnez y Egipto se trataba de poliarquías formales pero, en la práctica, regímenes autoritarios y sultanistas camuflados (denominados a veces “dictablanda”, p.e., en O’Donnell et al 1986)

que a veces recordaban el caso mexicano anterior a 1994: formalmente una democracia liberal donde, sin embargo, la demanda de parte de la población para llevar a cabo una transición política no se consideraba algo inaudito ni contradictorio con la institucionalidad formal. El tratamiento desde el exterior era también de este tenor: se consideraba tácitamente por la “comunidad internacional” que esa era la única situación posible, que las condiciones de los países y –se presuponía– la debilidad de la sociedad civil y falta de tradiciones democráticas hacían pensar que no estaban “maduros” para esa forma de gobierno y que debían esperar (hasta el punto que los dos dictadores árabes después derrocados y sus partidos formaban parte de la Internacional Socialista, de la que fueron expulsados a toda prisa).<sup>29</sup> En Occidente, pocos datos permitían augurar un vuelco como el producido y que está dando una auténtica lección a esos países del centro dotados de poliarquías. El régimen predecesor, en síntesis y como hemos examinado, venía a ser una autocracia con (algunas) instituciones formales democráticas que presidía una economía basada en los servicios y en vías de desarrollo (y una “economía abierta” que, con salarios bajos y exenciones fiscales, beneficia a los inversores extranjeros) y la vigilancia indirecta pero omnipresente de la institución militar.

Segunda consideración. En ambos países se ha dado una presión desde abajo, potente y rapidísima, que después examinamos, previa a toda negociación ni señal alguna de reivindicación de cambio de régimen. Se tiene probablemente que interpretar como la típica señal de *ruptura* propia de algunas transiciones clásicas (como la “ruptura-pactada” o “negociada” de la transición española), solo que en este caso esta ha sido previa a toda consideración ni pacto entre élites. ¿Por qué, entonces, no provoca esa ruptura el derrumbe instantáneo del régimen en su conjunto y, prescindiendo de cualquier transición, se pasa directamente a los pasos previos hacia una poliarquía? No hay casos previos bien establecidos que nos permitan estar seguros en este punto, pero un elemento evidente que ha actuado de factor de equilibrio y continuidad ha sido el estamento y el comportamiento concreto de los militares. El estamento militar, mayoritariamente, ha rehusado actuar y

<sup>29</sup> La inaudita situación mantenía en las filas de la IS al partido presidido por Hosni Mubarak, el Partido Nacional Democrático, y al partido de Ben Alí Reagrupación Constitucional Democrática. “De conformidad con los estatutos”, y después de las movilizaciones ciudadanas del 17 de enero, fueron expulsados de la organización el 1 de febrero de 2011.



reprimir la presión desde abajo, a la vez que mandaba señales de que no permitiría que las fuerzas policiales hicieran el trabajo.<sup>30</sup> Como es lógico, el primer y rápido efecto de ese comportamiento ha sido: a) acabar con cualquier legitimidad que conservara el régimen; y b) reducir los costes de la acción colectiva, al comunicar tácitamente al mundo y a la población que el antiguo régimen no sería protegido por la fuerza (hay aquí un paralelismo con el anuncio de Gorbachov en Berlín al “camarada” Honecker en el sentido de que las tropas soviéticas estacionadas en el país no iban a defender por la fuerza a regímenes corruptos que no supieran legitimarse por sí mismos; con la salida de Gorbachov del país, empezaron las protestas masivas en las calles que acabaron por derribar el Muro), lo que redobló de inmediato la potencia de la protesta.

Pero a la vez que rehuía enfrentarse a las revueltas y en algún sentido las “protegía”, el estamento militar egipcio se constituía en una especie de tapón institucional represivo que impedía el progreso rápido del cambio de régimen. La población egipcia movilizada en las calles comprendió inmediatamente esta función de control y, en muchos sentidos, tuvo que aceptarla al carecer de –y quizá no buscar deliberadamente- recursos de presión y métodos más contundentes.

Tercera consideración. Túnez y Egipto han procedido a la ruptura directa, como se ha dicho, pero durante 2011 no han avanzado sustancialmente (mientras que las protestas continuas y masivas sí han amainado) hacia el cambio de régimen, o al menos no tanto como ese empuje previo permitía esperar. (Aunque esto se debe matizar en el sentido de que la propia ruptura directa y el descabezamiento del antiguo régimen es un avance prodigioso, y en este sentido los comentarios de la ministra española de Exteriores en esos momentos, Trinidad Jiménez, ofreciendo a las nuevas autoridades tunecinas el *know how* español sobre transiciones exitosas producen vergüenza ajena.)<sup>31</sup> Ambos países han dado pasos importantes hacia delante (referéndum sobre modificación de la Constitución, convocatoria de horizonte electoral, primeras

<sup>30</sup> Hay amplios indicios en la información disponible, como se ha dicho, de que la intervención occidental tanto para controlar el proceso como influir sobre el resultado se ha producido, precisamente, a través de los militares.

<sup>31</sup> Para una reacción semejante desde la experiencia chilena, véanse las propuestas de ingeniería política de Sergio Bitar en A. Oppenheimer, 2011.

elecciones generales, así como encarcelamiento del autócrata y su familia en Egipto; gabinete de expertos para iniciar la democratización de las instituciones, embargo de los bienes de la familia del autócrata y primeras elecciones generales en Túnez), pero la situación es muy frágil y las fuerzas opositoras no se han blindado ante una posible reversión del curso de acontecimientos; en sentido contrario, durante 2011 la ruptura directa desde abajo, por fin, ha obligado a los países occidentales a definirse y prestar apoyo al menos verbal al nuevo rumbo democratizador. Por tanto, ruptura sí, pero avances a lo largo de los ejes de la liberalización y participación institucional, no suficientemente.

3. Según lo expuesto, los casos de Túnez y Egipto en 2010-2011 deben ser caracterizados como procesos de democratización original, aunque con peculiaridades, que hemos sugerido y a las que volveremos, que hacen aconsejable utilizar también el molde conceptual y las teorías propias de los estudios de las transiciones políticas (citadas en el epígrafe previo).

El proceso iniciado en Túnez y continuado con éxito en Egipto, así como su impacto inmediato en muchos países de la región, hace pensar, como se ha dicho, en la hipótesis de que se ha iniciado una *cuarta ola democratizadora*, según la teorización de Samuel Huntington (1994). El politólogo norteamericano propuso que el desarrollo político combina contemporáneamente tres *olas de democratización* y dos (y los indicios de una tercera) *contraolas*: respectivamente:

Primera ola: 1828-1926, EEUU, Francia, Reino Unido.

Primera contraola: 1922-1942, Italia, Polonia, Grecia, España, Portugal.

Segunda ola: 1943-1962, Alemania, Japón, Italia, Austria, Argentina.

Segunda contraola: 1958-1975, Perú, Brasil, Bolivia, Argentina, Ecuador.

Tercera ola: 1974-1975 (Portugal y España) y a primeros de la década de 1990, 30 países de Europa-Asia-América Latina más los países postcomunistas.

Según esta perspectiva, las revoluciones de los países árabes corresponderían a una Cuarta Ola democratizadora que se extendería por la región (Gil Calvo, 2011). La perspectiva de Huntington se anuda alrededor de la noción de una dinámica cíclica liberalizadora-contraliberalizadora que se compone de una especie de cabeza de playa, el país que “tira” del ciclo, que se extiende por medio de un factor de difusión que “puede ser denominado de distintas maneras, como efecto demostración, contagio, difusión, emulación, *bola de nieve* o incluso efecto dominó” (Huntington, 1994:99). Así, estos efectos demostración (1991:101)

demonstraron a los líderes y grupos de una sociedad la capacidad de líderes y grupos de otra sociedad de poner fin a un sistema autoritario e instaurar un sistema democrático. Mostraron que podía hacerse [el caso reciente de Túnez] y por ello presumiblemente estimularon a los miembros de la segunda sociedad [Egipto, Libia] a emular a los de la primera. Segundo, los efectos demostración mostraron cómo podía hacerse. La gente de la sociedad continuadora aprendió de ellos, e intentó imitar los métodos y las técnicas usados para obtener la democratización iniciadora... Tercero, los últimos democratizadores también aprendieron sobre los peligros que debían evitar y las dificultades que debían superar. Las sublevaciones y los conflictos sociales en Portugal en 1974 y 1975, por ejemplo, estimularon a los líderes de la democratización en España y Brasil a que intentaran “un proceso de cambio político dirigido desde el poder para evitar, precisamente, la discontinuidad que sufría Portugal”.<sup>32</sup>

De los trabajos como el de Huntington y otros investigadores se desprenden forzosamente valiosas enseñanzas de probable aplicabilidad para investigar en la presente ola democratizadora árabe. Parece acertado vaticinar que:

- a) El camino será lento y tortuoso pero, aunque probablemente se extenderá por años, va a imprimir una fuerte sacudida a los sistemas políticos instalados en la región.
- b) El desarrollo político modernizador no es de esperar que sea homogéneo sino desigual, con los dos países “de cabeza” manteniéndose en la dirección del proceso, y en el caso de Egipto, por su historia política y su

<sup>32</sup> La interesante frase entrecomillada es de Kenneth Maxwell y procede de O'Donnell, Schmitter y Whitehead (eds.), 1986bis:132. La cita completa dice así (en traducción mía): “En esa época, la experiencia portuguesa estaba más cerca de una ruptura social y política que de una «transición», y el impacto del caso portugués en países como España y Brasil consistió en estimular un proceso de cambio político dirigido desde el poder para evitar, precisamente, la discontinuidad que sufría Portugal”. La cita de Huntington en el texto, en traducción mía, procede del original inglés de 1991, ante la inexactitud de la edición castellana de 1994.

peso demográfico (82,9 millones de personas), por el peso geográfico, económico y diplomático, jugando el papel de espejo central donde mirarse de la región.

- c) Estos desarrollos desiguales según las condiciones de cada nación, obligan a aproximarse al objeto con algún modelo sobre las variantes internas de los procesos transicionales, empezando por el de Huntington a tal efecto (1994:117 y ss.).
- d) Es pertinente preguntarse qué impulsa estas olas democratizadoras. Hay factores claros, como la presión internacional y el efecto demostración de que puede “funcionar” y que transmiten los medios, ambos factores presentes en el caso árabe. Pero Gil Calvo (2011) plantea con razón las preguntas relevantes: “¿Cuál es el principal motor del cambio que impulsa la propagación transnacional de una oleada democratizadora? ¿Por qué se difunde con preferencia a ciertos países vecinos más que a otros?”. La respuesta pasa por examinar, cosa que se hace más abajo, los factores desencadenantes.

4. Nos preguntábamos más arriba: ¿Qué ha ocurrido, y cómo, para que ese núcleo político predecesor, el antiguo régimen, el estamento militar, y las relaciones entre ambos, haya quedado totalmente trastocado por efecto de las movilizaciones iniciadas en enero? La respuesta de conclusión es clara: una revolución política, que mantiene algún vínculo con elementos de mayor radicalidad social, pero que fundamentalmente consiste por el momento en un proceso inaugural de democratización original. Se trata de una revolución política sobre todo por dos acontecimientos: los cambios producidos, enormes, y cuyo epicentro es el descabezamiento del antiguo régimen; y el impulso energético desde abajo, desde la sociedad civil, en forma de revueltas sociales. Vamos a examinar ahora este último factor.

## **(6) PRESIÓN DESDE ABAJO: LAS REVUELTAS CÍVICAS**

1. Las revueltas populares han sido el elemento más impactante del fenómeno hasta ahora, el más efectivo (la “ruptura” con el antiguo régimen citada), y quizá el que de momento proporciona más información sustantiva, por lo que es

importante entenderlas bien. El actor principal que presiona para el cambio de régimen es una revuelta popular de carácter cívico, con unas características distintivas principales (autoorganización sobre el terreno, desobediencia civil y pacífica, carácter efímero de la acción, lo que se traduce en ausencia aparente de liderazgo claro y centralizado) que ya Anthony Oberschall (1997:67) describió en hace años como una acción colectiva apenas estructurada, “floja” o suelta, dispersa o poco compacta:

La acción colectiva estructurada de manera imprecisa [loosely structured] hace referencia a una acción colectiva que se lleva a cabo por parte de una coalición imprecisa de activistas, de simpatizantes y personas con dedicación no plena cuyas fronteras están mal definidas y son cambiantes, que carecen de un liderazgo central y común, de organización y de procedimientos definidos para tomar decisiones acerca de un curso de acción común.

¿Responde este perfil a la definición clásica de Skocpol de revolución social, que incluye como elemento primordial la presencia de revueltas? (Corregida por Paige para añadir un componente más: el proyecto utópico.) Skocpol se refiere a un tipo particular de revolución, una revolución social que podría denominarse “revolución modernizadora”, y la define así (1979:4):

transformaciones rápidas y básicas del Estado y las estructuras de clase de una sociedad ue van acompañadas por –y en parte se llevan a cabo por medio de- revueltas desde abajo con fundamento en las clases.

Y esta es la rectificación de Paige (2003:23-24):

Una revolución consiste en una transformación rápida y fundamental producida en las categorías de la conciencia y la vida social, en los presupuestos metafísicos en los que se basan estas categorías y en las relaciones de poder en las que se expresan, como resultado de la amplia aceptación popular de una alternativa utópica al orden social existente.

Los datos que conocemos por ahora no satisfacen de inmediato ninguna de las dos nociones. Respecto a la de Skocpol, se echa en falta la transformación de la estructura de clases: la “revolución” es, de momento, en Egipto y en Túnez, la revuelta desde abajo que derriba al antiguo régimen y que parece

fundamentalmente interclasista. Respecto a la de Paige, se echa en falta la “alternativa utópica”. El mismo carácter que han tenido estas revueltas de “protesta contenida” (Aguilar, 2008:218) las distingue con claridad de ambas definiciones y da una indicación de que estas protestas árabes han sido influidas en buena medida por la transformación de los formatos de presión popular, componente característico de las revoluciones clásicas, que se observa a partir de 1989 (“revoluciones antirrevolucionarias” las denomina Sakwa -2004-, indicando que no es que omitan o se opongan a las revoluciones sino que, en lo fundamental, “acaban” con la imagen y la práctica –heredada del siglo XIX y emparentada con la política modernista a partir de la Revolución Francesa- de la revolución violenta como factor imprescindible del cambio).<sup>33</sup>

Pero, sobre todo, no satisfacen ninguna de las dos definiciones porque, según creo, se trata de un fenómeno de otra naturaleza: lo que está ocurriendo no es, hasta aquí, una revolución social sino una revolución que busca la democratización del país; en este sentido, es una “revolución democrática”, una revolución “modernizadora” parcial (se focaliza en el sistema político) que, tal vez, podría desplegarse después por sectores de la estructura social y retrospectivamente –y a plazo largo- haber producido una revolución social, pero no tenemos indicios sólidos de ello a fecha de hoy.<sup>34</sup> Y al mismo tiempo, se puede entender como una revolución que toma distancias respecto del pasado colonial y de la dominación económica de los grandes poderes occidentales, sobre la economía nacional y sobre el país. (La importancia de este extremo hace que la propia Skocpol, con E. Trimberger –Skocpol y Triberger, 1994:124- escriba: “debido a que las revoluciones sociales desde abajo se han producido en estados agrarios situados en posiciones más o

<sup>33</sup> Dice Garton Ash (2011 a) en esta dirección y refiriéndose a Egipto y Túnez: “1989 ha pasado a ser el modelo por antonomasia de cualquier revolución de principios del siglo XXI. Lejos están ya 1789, 1917, y 1848”. Algo de ello hay, pero este observador se equivoca a mi entender en dos puntos. Uno, “1989” son en realidad varios casos de revolución; no uno solo sino como mínimo tres, cuyos iconos son la URSS (colapso), Polonia (larga transición negociada entre una sociedad civil vigorosa y movilizada y el régimen) y Alemania del Este (“revolución de terciopelo”, una especie de convergencia entre un colapso del régimen y lo que aquí denomino “revolución cívica”, que precipita el colapso mencionado). Y dos, la palabra “revolución” se puede aplicar a “1989” con precaución y a alguno de sus aspectos, por las razones que acabo de aducir, pero no se puede aplicar al caso principal (URSS) que es más propiamente una “transición histórica” (los detalles y argumentos en Aguilar, 2008).

<sup>34</sup> Maher (2011) sí aporta argumentos, tímidos, en esa dirección.

menos desventajosas dentro del capitalismo mundial en desarrollo, su ocurrencia exitosa no ha sido determinada por la lucha de los proletarios contra los capitalistas sino, más bien, por las luchas de clases de los campesinos contra las clases terratenientes dominantes y/o los regímenes coloniales o semi-coloniales".) Lo que ha ocurrido durante 2011 sugiere una democratización original en marcha, que es "revolucionaria" tanto por sus efectos en el orden político (cambios drásticos y descabezamiento del antiguo régimen) como por la manera de producirlos (una potente revuelta cívica desde abajo).

Lo dicho subraya la existencia en los cambios sociales y políticos, en general, pero también en la transformación que estamos examinando, de fuertes corrientes de *difusión* de las innovaciones. Un proceso o repertorio de nuevo tipo, "inventado" por activistas resueltos enfrentados a situaciones comprometidas, produce resultados tangibles y es, en este sentido, "eficiente", y es "importado" a continuación por activistas de otros lugares que se enfrentan a obstáculos de parecido relieve. La gente *aprende* a comportarse como actores de una acción colectiva; esta es la noción aportada por Charles Tilly (2002:31) con su concepto de *repertorio de acción*:

La palabra repertorio identifica un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no descienden de la filosofía abstracta ni toman forma como resultado de la propaganda política, sino que surgen de la lucha. Es en la protesta donde la gente aprende a romper ventanas, atacar presos sujetos al cepo, derribar casas deshonradas, escenificar marchas públicas, hacer peticiones, mantener reuniones formales u organizar asociaciones de intereses especiales.

De manera análoga, la gente aprende cómo hacer revoluciones en el marco de una época histórica determinada. Se hace consciente del perfil represivo exacto que maneja el adversario, habitualmente las fuerzas policiales y armadas de un régimen dictatorial, en este caso sultanista; se hace consciente del modo óptimo de abordarlo para producir cambios; y para ello, aprende a su vez de cómo otros y otras han aprendido primero. En el caso que nos ocupa, a mi entender, los revolucionarios tunecinos y egipcios de 2011 aprendieron de

varias experiencias previas: del 68 europeo, de “1989”, de las técnicas gandhianas de desobediencia civil no violenta...<sup>35</sup>

2. ¿Si no satisfacen las nociones de Skocpol y Paige, cómo pensar los acontecimientos, entonces? ¿Qué son conceptualmente estos acontecimientos? La manera cómo ocurren las cosas dice mucho al observador u observadora sobre la naturaleza del fenómeno (ver Tilly, 1991). Hay dos maneras alternativas de concebirlos, derivadas ambas del caso de 1989. Una, pensarlas como “refoluciones” (término de Garton Ash y Dahrendorf [2006]), es decir, simultáneas *reformas* desde arriba y *revoluciones* desde abajo. Este podría ser el caso de Túnez. La segunda, está inspirada en el razonamiento de Bryant y Mokrzycki (1994:1) referido a las “revoluciones” de la Europa del Este en 1989 y años siguientes: a diferencia de lo que dice Skocpol “en la Europa del Este, en cambio, se puede hablar diversamente de la sociedad civil contra el Partido-Estado, de manifestaciones populares, incluso de liberación nacional, pero no propiamente de revueltas con fundamento en las clases”.

Podríamos estar, entonces, ante un fenómeno parecido a las revoluciones “débiles” de la zona soviética en 1989 (en el sentido también que apunta Offe en *Las nuevas democracias* [2004:16] de que está ausente el elemento utópico y el diseño de una nueva sociedad asociado a las revoluciones modernizadoras clásicas: la “revolución soviética desde arriba” [se refiere a 1989] es “una revolución sin modelo histórico y sin teoría revolucionaria”). Pero eso subraya también el carácter novedoso de nuestro objeto: carece de “teoría revolucionaria”, como 1989, pero es una revolución desde abajo, no desde arriba. Su fuerza motriz no se encuentra en el exterior ni en una determinada institución sino que es endógena: se localiza en su sociedad civil, punto en el que se parece al caso polaco (sociedad civil en muchos momentos de baja visibilidad que empuja desde abajo, pero también larga transición pactada entre los dos campos, como recuerda Hobsbawm [1995:483]) y quizá, todavía más, al caso alemán oriental (el escenario en las calles de Leipzig en noviembre de

<sup>35</sup> Los mecanismos de difusión por medio de los cuales estas nociones culturales relacionadas con la protesta popular se transmiten, han sido estudiados admirablemente, entre otros, por Charles Tilly y Sidney Tarrow (véanse entre otros McAdam-Tarrow-Tilly 2005 y Tarrow 2010; y nota siguiente).



1989 se parece mucho al de Tahrir en El Cairo en febrero de 2011)<sup>36</sup>. Estas innovaciones han confundido a muchos observadores. Lo sintetiza bien la posición de la argelina Khadra (2011) al referirse a Túnez y Egipto revolucionarios, con una visión obsoleta y extremadamente formalista de los fenómenos revolucionarios:

Pero de ningún modo se trata de revoluciones. Se trata de una reacción espontánea, incoherente y sin orientación precisa, cuyo objetivo es el de expulsar al tirano sin prever ni preocuparse por lo que vendrá después. Una revolución es un acto pensado, maduramente articulado en torno a una hoja de ruta, de una estrategia, y conducido por actores identificados y determinados.

3. Como se ha sugerido, una revuelta cívica es una revuelta popular caracterizada, no solo por su alta espontaneidad relativa, formato de protesta directa, reivindicación de intereses generales o cuasi-generales y carácter fundamentalmente no-violento, sino también, en la senda de las movilizaciones ciudadanas propias de la era contemporánea,<sup>37</sup> de baja institucionalización, autoorganización, recurso a la desobediencia civil y pacífica, carácter efímero de la acción y ausencia aparente de liderazgo claro. El punto central de este tipo de acción colectiva es su voluntad de intervenir en la vida civil y la esfera pública, y por tanto defender allí determinados intereses y objetivos, al margen de la estructura institucional (que sufre una “deflación de poder”, en caracterización de Chalmers Johnson, 1966). Estas características tan especiales han proliferado en la protesta social desde 1968 en adelante (y el propio 1968 francés, por ejemplo, es ya un primer buen ejemplo de la aparición de este nuevo repertorio), pero se han prodigado contemporáneamente dentro del ciclo de protesta que se inicia el 1 de enero de 1994 (Chiapas) y llega hasta hoy precisamente. Una de las variantes internas de este ciclo han sido los

<sup>36</sup> Se pueden encontrar indicios diversos de los mecanismos de *correduría*, *difusión* y *acción coordinada* que Tilly y Tarrow (2007:30-33) han puesto de relieve en su teoría de la contienda política. En las revueltas georgianas de noviembre de 2003, que acabaron con el gobierno de Shevardnadze, “como en la extensión de muchos nuevos movimientos, la difusión a través de los medios y la correduría por medio de agentes interpuestos se combinaron para producir una nueva coordinación”, dicen esos estudiosos. Se trata de una “pauta de difusión y correduría” también observada en Ucrania (2007:cap. 1). Para el caso alemán de 1989, ver Dale (2005) y Pfaff (2006).

<sup>37</sup> Por ejemplo en Francia a finales de 1995 (protestas por la globalización) o 2006 (protestas por el contrato de primer empleo), en numerosos países en febrero de 2003 (contra la Guerra de Irak) o en Seattle en 1999, entre otras.

movimientos ciudadanos (véase la nota 36), a mi entender los principales casos de revueltas cívicas recientes mediante las cuales la ciudadanía ha forzado modificaciones notables de los sistemas políticos a la vez que mostraba de manera práctica y ejemplificadora la creciente demanda de participación política en los márgenes de las orgullosas poliarquías occidentales (por otro lado, en la práctica, crecientemente decrepitas y con extendidos signos de berlusconización).

En el caso de los países árabes, y en concreto en Túnez y Egipto, este ha sido el formato principal de acción seleccionado para la protesta. A mi entender esto sugiere, por un lado, un proceso previo de difusión de los repertorios, procedente de los episodios ya señalados, que seguramente ha calado mayormente entre los grupos de edad jóvenes y con algún grado de instrucción y credenciales culturales (no he encontrado información que indique la existencia de tradiciones previas en esa dirección); por otro lado, hay también indicios de que este formato de protesta, como ya se apreció en algunos de los países del bloque soviético que los utilizaron en vísperas de 1989 (por ejemplo, en Alemania Oriental o en Checoslovaquia), ha sido seleccionado por su eficacia en condiciones de enfrentamiento con estados altamente autoritarios y que disponen de un arsenal —e impunidad— intimidante de medios de represión.<sup>38</sup> Este formato de acción, por otro lado, sugiere la existencia de una sociedad civil “pasiva” o “dispersa” y con vínculos organizativos débiles, porque allí donde esto no es así (por ejemplo, en la Polonia de Solidarnosc) la contienda política toma muy rápidamente el camino de la negociación y la contienda sostenida.

4. Un elemento crucial de las revueltas es saber quiénes son mayoritariamente los protestatarios. Esta es una cuestión que se irá conociendo mejor con el tiempo, pero ahora mismo debemos hacer conjeturas a partir de lo que vemos (en televisiones y documentales) y de los testimonios, como siempre, de los buenos periodistas sobre el terreno.

<sup>38</sup> En condiciones como las descritas, la desobediencia civil no-violenta y la rápida sucesión de movilizaciones y desmovilizaciones (que confiere al formato ese característico aspecto de volatilidad), grupos de protesta que se hacen y deshacen con agilidad, así como la ausencia de grandes actores organizados, y por tanto fácilmente localizables, se convierten por su baja visibilidad en un económico formato de contestación.

Una primera impresión, muy generalizada a partir de esas fuentes, es que los manifestantes han sido en lo fundamental “gente común”, como ocurrió en Irán en 2009. Dentro de esa masa anónima y “común”, sin embargo, ha quedado claramente la impresión de que predominaban los grupos de edad jóvenes, los jóvenes desempleados y subocupados, sectores estudiantiles, punta de lanza o perfil al que se fue uniendo la población en su conjunto (Emmert –2011- calcula en unos cinco millones, sobre una población de 80, de personas las que han participado “activamente” en las movilizaciones de las principales ciudades egipcias, pero el egipcio Samir Amin –2011b:14- eleva la cifra a 15 millones). Ha contribuido a que esta impresión se consolidara el hecho de que el propio carácter de bajo perfil organizativo de los eventos sugería unos *skills* contenciosos propios de la espontaneidad, la improvisación y la carencia de capacidades para la negociación.<sup>39</sup> (A pesar de todo, mi propia impresión, como la de otros observadores -Garton Ash, por ejemplo-, va más en la dirección de que estos movimientos importaron quizá el carácter de *movimientos ciudadanos* aludidos y que han aparecido con cierta periodicidad en las dinámicas de cambio desde 1968, por tanto, de movimientos con más conciencia de serlo y menor improvisación de lo que pueda parecer, interclasistas y ajenos deliberadamente a cualquier dinámica negociadora.)

Esa primera impresión de los manifestantes como “gente común” la comparte el observador de los hechos egipcios mencionado, Emmert (2011): “La revolución [en Egipto] la pusieron en marcha y ha sido conducida por estudiantes moderados y con un aceptable nivel de educación”; pero añade que “en contraste, el desempleo y la pobreza son más severos entre la población rural y con menor nivel de educación” (lo que quizá contribuiría a explicar la divergencia observada, al menos en Egipto, entre dos tipos de voz: la de la calle, más modernizadora y cosmopolita; y la de las urnas, que dan una mayoría apabullante a partidos religiosos islámicos). A continuación es rotundo al ofrecer una hipótesis alternativa a la de la “gente común”: “esta no ha sido nunca una revolución por el pan y el trabajo. Los pacíficos manifestantes son los egipcios de clase media”, versión que parece verosímil a la vista de los

<sup>39</sup> Por supuesto, si esto se confirmara, otra hipótesis verosímil sería que ese perfil se seleccionó deliberadamente, como hemos dicho, ante el efecto intimidador de los regímenes instalados.

interlocutores egipcios que aparecen en diversos documentales franceses mostrados por las televisiones, pero poco verosímil al tomar en cuenta la enorme cantidad de personas movilizadas. Stephen Maher (2011), en cambio, propone la existencia en el Egipto revolucionario de una sólida coalición entre estudiantes urbanos y trabajadores asalariados que parece mucho más convincente y que también sugieren otros observadores, por ejemplo, Macías-Aymar (2011):

Se ha forjado una alianza de facto entre unas clases populares, cada vez más frustradas por el aumento de precios y la precariedad laboral, con unas nuevas generaciones de jóvenes urbanos pertenecientes a las clases medias y medio-altas, hartos de constantes limitaciones en sus libertades individuales y de las escasas perspectivas de promoción social.

Muchos observadores corroboran la idea de una coalición entre trabajadores y jóvenes urbanos de clase media. Las luchas económicas de los trabajadores egipcios durante los años previos están bien documentadas, y el periodista Raphaël Kempf asegura:

Esas luchas obreras fueron amplificadas en todos los sectores y han hecho nacer una cultura de la crítica y de la reivindicación en Egipto. «En 2010, revela la señora Ali, no ha pasado ni un día sin que se hayan producido, al menos, tres movimientos de protesta en el país». Y para Kamal Abbas, antiguo obrero y director del Centro de servicios para sindicatos y trabajadores, «esos movimientos han implantado la idea de que hacer huelga era posible».<sup>40</sup>

Y también el escritor Khaled Al-Khamisi, entrevistado por Kempf (*ibid.*), según el cual la revolución egipcia

«tiene un objetivo claro: la democratización de la vida política egipcia, la marcha de Mubarak, la reforma constitucional, la disolución del Parlamento y la instauración de elecciones de verdad.» Reconoce por tanto la importancia de los movimientos sociales, especialmente de las huelgas de los trabajadores de estos últimos años, donde las reivindicaciones eran más sociales y económicas que políticas: «Hay una continuidad entre esos movimientos y la revolución de 2011.»

<sup>40</sup> *Le Monde Diplomatique*, mars 2011, p. 13.

Pero parece claro que los trabajadores se unieron al movimiento una vez éste ya operaba, no antes; de ahí el llamamiento temprano (9 de febrero) de diversas organizaciones de la izquierda: “Trabajadores egipcios, sois una parte de esta gran revolución del pueblo, vuestras luchas y combates de estos últimos años han preparado el terreno de esta revolución” al que respondió el movimiento obrero poniendo en pie, así, la coalición que movilizó a la gente.<sup>41</sup>

Vistas así las cosas, en el Egipto prerevolucionario habría una brecha social, otra política y otra generacional que permitirían comprender mejor cuáles son los principales sectores movilizados y quién compone la coalición revolucionaria. La importancia fundamental de la movilización obrera y popular parece fuera de duda. De hecho, coincidiendo con el descabezamiento del régimen a primeros de febrero de 2011, se desencadena en el país una oleada de huelgas. Empleados del ferrocarril en la estación central de El Cairo el 13 de febrero, y “como ellos decenas de miles de obreros por todo Egipto”;<sup>42</sup> entre ellos, 2.000 empleados del Banco Nacional, trabajadores del Banco del Canal de Suez, la empresa de ingeniería Hani...<sup>43</sup> El descenso de la capacidad de compra de los ciudadanos egipcios ha sido notable antes de los acontecimientos revolucionarios, castigados aquéllos por un lado por una inflación del 13%, en 2010, pero también por el aumento del precio de los productos básicos que ya había provocado motines populares alrededor de 2009. El régimen de Mubarak intentó frenar esas tendencias mediante el conocido recurso a los subsidios, y poco antes de la oleada de huelgas decretó una subida de sueldos y pensiones de funcionarios del 15% (la mayoría no alcanza los 100 euros mensuales).<sup>44</sup> Pero considerados en su conjunto, estos datos sugieren, como hemos apuntado más arriba, que las revueltas han sido en su origen más ciudadanas e interclasistas que basadas en el clivaje de clase; a pesar de lo cual, una vez “contagiado” el movimiento obrero, y al desencadenarse de golpe un tropel de huelgas y reclamaciones salariales y de condiciones de trabajo, la demanda redistributiva adquiere gran potencia y, en medio de un ambiente popular desatado en la conocida vehemencia y

<sup>41</sup> *Ibid.* p. 12.

<sup>42</sup> *El País*, 14.02.2011, p. 3.

<sup>43</sup> Véase también la información de *Le Monde Diplomatique*, mars 2011, p. 13.

<sup>44</sup> *El País*, 14.02.2011, p. 3. Y el salario mínimo legalmente establecido era a primeros de 2011 de 1.200 libras (o 149 euros), *Le Monde Diplomatique*, mars 2011, p. 12.

solidaridad de las jornadas revolucionarias, sienta la base para pensar en un horizonte postcapitalista, al menos fugazmente, o como mínimo postneoliberal, y genera un *frame* que crea tradiciones en esa dirección.<sup>45</sup>

Una pauta parecida se dio también en Túnez, donde las reivindicaciones durante la primera quincena de febrero “reposan sobre el mismo tríptico: dimisión de las direcciones que se considera demasiado comprometidas con el antiguo régimen, alza de los salarios y mejora de las condiciones de trabajo”. Añade el reportero Akram Belkaïd: “En este ámbito, el gobierno avanza por un terreno minado: la contestación social pone directamente en cuestión el conjunto del modelo económico.(...) La demanda social es tal que la UGTT [Unión General Tunecina del Trabajo] se impone de aquí en adelante como uno de los principales actores de la transición”.<sup>46</sup>

El arrollador impulso de las revueltas en muchos países a la vez subraya un primer factor determinante, endógeno, quizá no tan obvio por extraño, cual es el mecanismo de la indignación popular que, después, ya iniciado el ciclo, va a prender en otros movimientos (como el 15-M español, el Occupy norteamericano, su equivalente israelí y quizá también la protesta rusa contra el fraude electoral de Putin). Lo expresa bien el novelista Juan Goytisolo.<sup>47</sup>

El vendaval que sacude el mundo árabe desde el comienzo de la insurrección tunecina y la caída de Ben Alí, seguida poco después por la de Mubarak, es imparable por muchas medidas de contención –represión, concesiones- que le pongan unos regímenes más o menos autoritarios conscientes de pronto de su propia vulnerabilidad. La juventud que, con las armas que le procuran las nuevas tecnologías, proclama sus ansias de libertad, democracia y de una vida digna ha perdido el miedo. Del Atlántico al Golfo millones de personas reclaman su derecho a ser tratados como ciudadanos y exigir gobiernos decentes.(...) La situación es obviamente distinta de un Estado a otro... Hay teocracias y dictaduras que ocupan la totalidad del espacio público y países con una sociedad civil en curso de desarrollo, en los que es posible apoyar la transición política que reclaman jóvenes, asociaciones y sindicatos.

<sup>45</sup> Con lo que cobra sentido la significativa anécdota que cuenta el periodista Andy Robinson (*La Vanguardia-Dinero*, 5.06.2011, p. 12): “Es solo un ejemplo del giro que se ha dado en Egipto. El ex ministro de Turismo Zuheir Garna es investigado por la venta de 300 millones de metros cuadrados de suelo al empresario de Dubái, Husein Ali Sajwani, que debe pagar una multa de 30 millones de euros: «¡Si no se cometió ningún delito; solo se hizo negocio!», protestó Al Sajwani. Pero en Egipto, tras la revolución, la distinción entre negocio y delito ya no es tan clara”.

<sup>46</sup> *Le Monde Diplomatique*, mars 2011, p. 16.

<sup>47</sup> Juan Goytisolo, “El vendaval del cambio es imparable”, *El País*, 23.03.2011, p. 6.

## IIb Factores causales

### **(7) FACTOR DESENCADENANTE 1: LA GLOBALIZACIÓN, LA CRISIS Y LA SUBIDA DE LOS PRECIOS DE LOS ALIMENTOS**

1. Como se ha sugerido, en todo fenómeno de crisis política aguda y cambio social sustantivo existen ciertos factores causales que han impulsado el proceso. Pero hay también otros factores que se ubican en la zona de causación inmediata y, por ello, más que causales, son desencadenantes. Uno de ellos, del que hablan varios testimonios solventes, es la subida de los precios de los alimentos básicos (trigo, maíz, arroz, soja, azúcar, aceites)<sup>48</sup> y su impacto sobre los estándares de vida de la población y sobre la percepción de una mayoría de ésta de hallarse ante una situación crítica. He aquí lo que dice un joven activista argelino en los primeros días de las revueltas en ese país:

El conflicto se inició porque duplicaron el precio del aceite y del azúcar. Y porque en el barrio Bab el Oued de Argel la policía se enfrentó con los vendedores ilegales...en un país donde todo el mundo se pasa la ley por el forro y la corrupción no tiene límites.<sup>49</sup>

Estas crisis alimentarias pertenecen sin duda al stock clásico de las crisis espasmódicas: aquellas que, una vez activo el factor causal (en este caso, las subidas de precios de bienes de primera necesidad), la reacción es inmediata y apela a los sentimientos más hondos de la población a la vez que opera como una especie de espasmo. Las crisis alimentarias y los motines de subsistencia (*food-riots*) subsiguientes forman parte del territorio familiar de los estudios de las sociedades preindustriales y de las primeras etapas de industrialización. Durante mucho tiempo fueron conceptualizadas erróneamente por la ciencia social como puros mecanismos reactivos o espasmos efímeros de protesta; en paralelo, se construyó la noción de que una acumulación suficiente, crítica, de bolsas de pobreza y miseria era el camino más directo para producir revoluciones desde abajo. La errónea ecuación *pobreza -> revolución* fue puesta en entredicho ya en el siglo XIX por parte nada menos que de Tocqueville y de Marx, que percibieron con claridad que 1) la miseria extrema

<sup>48</sup> Véanse las impresionantes curvas de crecimiento de los precios del trigo, el maíz y el arroz en *El País-Negocios* 13.02.2011, p. 5. O los gráficos de la FAO que reproduce *La Vanguardia* (en el trabajo de Andy Robinson, 2011).

<sup>49</sup> *La Vanguardia*, 9.01.2011.

no crea por sí sola un impulso revolucionario (aunque sí, bajo ciertas condiciones, espasmos efímeros de reacción violenta); y 2) sí los origina, en cambio, una fuerte percepción individual de privación relativa (medida por la comparación de la posición del interesado respecto de un grupo externo de referencia).<sup>50</sup>

Para el caso de los motines de subsistencia de la era clásica, los historiadores sociales británicos Eric Hobsbawm y, sobre todo, Edward P. Thompson formularon las mejores críticas de la teorización convencional y adelantaron un nuevo marco explicativo. Thompson (1976) propuso su célebre concepto de la *economía moral* para sugerir que las clases populares que se sublevan ante las subidas de los precios, lo hacen, no tanto por la subida en sí o porque esta los hunda en la miseria (por factores materiales compulsivos), sino porque la perciben como el quebrantamiento de un contrato social implícito que, en la sociedad tradicional, garantiza que ciertos límites de la justicia social espontánea no pueden sobrepasarse (por factores morales). La respuesta son “disturbios sociales repentinos” (1976:63), pero no en el sentido de la teoría convencional de simples respuestas (automáticas) a estímulos económicos o “rebeliones del estómago” (T.S. Ashton en 1929), sino provocados por “la economía moral de los pobres”: “un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí constituía la ocasión habitual para la acción directa” (p. 66).<sup>51</sup>

Una de las consecuencias de la globalización (y del consiguiente crecimiento industrial acelerado en países y mercados emergentes) ha sido el aumento de las desigualdades y el regreso de los motines de subsistencia (Walton y Seddon, 1994). Para lo primero, según el economista Kenneth Rogoff (2011): “En el interior de los países, la desigualdad de ingresos, riqueza y oportunidades posiblemente sea mayor que en cualquier otro momento del siglo pasado... En un momento en que la desigualdad alcanza niveles similares

<sup>50</sup> Estas nociones fueron después perfeccionadas por teóricos del conflicto y la revolución como T.R. Gurr y James Davies. Para una breve y solvente presentación, Dahrendorf (2005).

<sup>51</sup> La idea parece similar a la que utiliza Stiglitz (2011) para referirse a la situación actual, en Túnez y en el mundo: “Si en un mundo de escasez de puestos de trabajo, quienes tienen conexiones políticas los consiguen, y si en un mundo de riqueza limitada los funcionarios gubernamentales acumulan masas de dinero, el sistema inspirará indignación ante semejantes iniquidades... La indignación contra los bancos de Occidente es una versión más suave de la misma exigencia básica de justicia económica que vimos por primera vez en Túnez y ahora en toda la región”.



a los de hace 100 años, el *statu quo* tiene que ser vulnerable”.<sup>52</sup> Por otro lado, la vuelta de los motines ha sido un producto derivado de esto y de los planes de ajuste impulsados por el FMI y puestos en práctica en numerosos países de la periferia. En el período que va de finales de 2007 a 2008, una nueva oleada de *food-riots* recorre los países del Sur: desde Haití a la India pasando por Argentina, Indonesia, México y muchos otros lugares.<sup>53</sup> Se desencadena como consecuencia de la mayor subida previa a la de 2009-2010 de los precios de los alimentos básicos y el resultado neto es que los hambrientos del mundo alcanzaron la cifra de 1.000 millones (con otra cifra comparable de personas con sobrepeso en el sistema mundial; véase el estudio del economista medioambiental indio-británico Raj Patel, 2008). Y en 2010, ante las nuevas subidas, se registra la reacción popular en los países árabes por motivos similares. Para Krugman (2011), y creemos que acierta, “hay pocas dudas de que el hecho de que el precio de la comida esté por las nubes ha sido un desencadenante importante de la cólera popular” en los países árabes. Diagnóstico con el que confluye el orientalista Joffé (2011:88): “las actuales crisis [en Túnez y Egipto] empezaron con protestas multitudinarias contra la escalada de los precios de los alimentos y el coste de la vida”.

Este es un aspecto clave de las revoluciones que el tiempo y nuevos datos permitirán situar con mayor precisión. Pero, a fecha de hoy, parece verosímil otorgar el papel de “puntilla”, más que de desencadenante principal, que ha tenido esa escalada de precios en las economías árabes. En efecto:

- a) El Norte de Africa es la región mundial más dependiente de las importaciones de cereales (consume el 45% del trigo del mercado

<sup>52</sup> Parece que Rogoff no se toma totalmente en serio sus propias últimas palabras, porque da por supuesto en ese artículo que habrán nuevas “rondas” de globalización, aparentemente dentro del formato neoliberal que conocemos: “es muy probable que las capacidades de los países para hacer frente a las crecientes tensiones sociales generadas por la enorme desigualdad separen a los ganadores de los perdedores en la próxima ronda de globalización”. La severidad de la crisis generada por la actual “ronda”, así como las reacciones de las clases populares en todo el mundo (entre ellas, las revoluciones árabes), parecen augurar la posibilidad, no de otra “ronda” sino de otro tipo de globalización. Para la cuestión de las desigualdades en el mundo de la globalización, véanse los sólidos argumentos de Milanovic (2006).

<sup>53</sup> Entre ellos, Egipto, donde Mubarak desplegó al Ejército para la distribución de pan. Es importante reseñar (Robinson, 2011) que es en esa coyuntura que se forma el Movimiento 6 de Abril, en facebook, en la ciudad de Mahala. La denominación se origina en la convocatoria de huelga lanzada el 6 de abril de 2008 por los obreros de la mayor fábrica del país, Misr, situada en el centro del delta del Nilo, en Mahala (*Le Monde*, 12.03.2011).

- mundial) y, por tanto, especialmente sensible a grandes variaciones de los precios.
- b) Estas variaciones se han producido: los alimentos básicos han aumentado el 50% desde mediados de 2010 y han rebasado los máximos de junio de 2008 (ver el segundo gráfico de la FAO en Robinson 2011, p. 38).<sup>54</sup>
  - c) En términos relativos, además, la población de los países árabes gasta en alimentación entre el 40 y el 50% de su renta (contra un 15-20% en España) (Robinson, 2011).
  - d) Tanto en la oleada de 2007-2008 como en la más reciente, los factores básicos que presionan para el alza de precios son compartidos: el aumento de la demanda por los países emergentes, China en primer lugar; el crecimiento de la población mundial (hacia 9.000 millones); el cultivo de maíz, azúcar y soja para los biocombustibles; la productividad agraria; el cambio climático; todos ellos magnificados por la especulación (con Goldman Sachs, por ejemplo, en el mercado de futuros) (Robinson, 2011, p. 39).
  - e) Una alternativa a este círculo que lleva a las “rebeliones del estómago” (como las mexicanas “revueltas de tortilla”), la soberanía alimentaria, no ha sido puesta en práctica por los países árabes que son parte de la oleada de revueltas (aunque sí, en alguna medida, por Mali, Ecuador y Bolivia).
  - f) A pesar de todo, como hemos señalado al evocar la teoría de E.P. Thompson, la relación entre subidas y revueltas no es automática, como dice Patel (en Robinson 2011): “si lo fuera, habría ya insurrecciones en India, Bangladesh y China”. Pero las periódicas oscilaciones bruscas de los precios alimentarios constituyen ya una característica estructural de la economía global.
  - g) A pesar de todo, el origen de las revoluciones en una combinación contradictoria de aceleración del crecimiento del PIB en Egipto y Túnez (impulsado supuestamente por las reformas pro-mercado impulsadas

<sup>54</sup> Con factores colaterales que impactan sobre lo mismo, como es el caso de la política del gobierno de Argelia de forzar a los vendedores del sector informal a pagar el IVA, lo que ha contribuido a disparar los precios (Robinson, 2011).

por el FMI y el BM durante 20 años) y crecimiento abrupto de la desigualdad socioeconómica, parece la hipótesis más apropiada. Wael Ghonim, el ejecutivo de Google que se significó en las revueltas egipcias, así lo argumentó en abril ante la asamblea del FMI-BM en Washington: “fueron precisamente las privatizaciones, recortes de gasto público y medidas de liberalización lo que incendió la calle árabe”, según recoge el periodista Andy Robinson. He aquí la “reflexión” subsiguiente, y aprobatoria, del director del FMI en la misma reunión: “Miras las cifras macroeconómicas y se nos olvidó la distribución de la renta”. A pesar de ello, ninguna disculpa, a pesar de que un informe de 2010 del propio FMI calificó a Egipto de “reformador destacado” e instó a Mubarak a “seguir privatizando”.<sup>55</sup>

- h) Las mismas revueltas que han iniciado la liberalización política de Egipto han acabado de hundir la performance económica del país, que si bien creaba mucha desigualdad por las políticas neoliberales, había contribuido a gestar una incipiente clase media próspera. El PIB egipcio, que creció en 2008 a una tasa de variación anual del 7,2%, según datos del FMI (*El País*, Negocios, 5.06.2011, p. 24), bajó al 4,7 en 2009 y a 5,1 en 2010, para caer al 1% en 2011. El turismo, en % de aportación anual al PIB, pasó del 4,4 en 2008 al -1,7% en 2009, se recuperó en 2010 hasta el 2,5% y cayó en picado en 2011 hasta el -5% (*Ibid.*), alrededor de -1,9 millones de turistas. Las consecuencias no se hacen esperar, y la misma Junta Militar cifra el índice de pobreza en un 70% del total de población (un 10% aproximadamente superior a la situación previa a la sublevación, *Ibid.*).

2. El impacto de la crisis económica derivada de la globalización neoliberal, que estalla en 2007 y todavía se extiende por el sistema mundial de sociedades, remite a otro gran factor sin el cual el estallido de las revueltas árabes, y su trayecto posterior, resultarían incomprensibles. Este factor es el viejo compañero de viaje del capitalismo moderno: el imperialismo y, en general, la lógica geopolítica que domina los acontecimientos que se suceden en el

<sup>55</sup> Todos estos datos en *La Vanguardia*, 30.04.2011, p. 8.

sistema mundial. Como bien señala un experto analista de la cuestión, Samir Amin (en este mismo Anuario), la “primavera árabe” representa también, además de los factores examinados, una nueva oleada que surge del bloque de países postcoloniales para intentar acceder a la independencia económica y política y escapar de su forzada sumisión.

Lo que se ha observado al respecto durante 2011 es que la élite de los países del centro, a pesar de múltiples divisiones internas, algunas nacionales (por ejemplo, el liderazgo de Obama en EEUU) y otras regionales (el Reino Unido y su pugna con la UE), han mantenido férreamente su determinación de conservar e imponer el programa neoliberal a nivel de todo el sistema mundial, a la vez que insistía en su discurso democratizador (con frecuencia puramente propagandístico). El malestar social masivo en países como Túnez, Egipto y Libia han puesto a prueba ambos factores; primero, porque desnudaba la vaciedad de ese discurso sobre la democracia al ser muchos de estos países, y destacadamente EEUU, Francia y Reino Unido, los principales valedores de las dictaduras sultanistas respectivas hasta el mismo momento del estallido popular (recuérdese la dimisión obligada de la titular de Exteriores francesa, el intento de “modernizar” sobre la marcha al rais Mubarak o el cínico –y revelador- furor antigadafista de Londres y París). El test más revelador de estas pugnas internas y de los titubeos de la élite sobre el camino a seguir fueron los impresionantes acontecimientos revolucionarios egipcios donde, como dice Ibrahim Awad, politólogo egipcio:

Estados Unidos fue variando a diario su percepción sobre Egipto durante los 18 días de revolución popular. Vaciló en función de los acontecimientos. Solo al final, cuando Washington reconoció la magnitud de la revuelta, actuó casi abiertamente a favor del cambio y la democracia (*El País*, 15.02.2011, p. 5).

A pesar del intento de Obama por modificar la pauta de dominio norteamericano sobre la geopolítica mundial para distanciarse de la derecha neoconservadora, el camino a seguir que parecen estar tomando los poderes hegemónicos no es tanto “la democracia” como restaurar estabildades funcionales (Lampedusa) sin modificar las relaciones de sumisión y dependencia. Es un equilibrio difícil que la movilización desde abajo puede hacer volar por los aires, y es el prelude de formación de un nuevo bloque

reaccionario cuyos jefes de filas están bien a la vista (con Arabia Saudita a la cabeza).<sup>56</sup> Esta impresión la comparte un agudo observador sobre el terreno como es Andy Robinson. El núcleo institucional del capitalismo neoliberal global, empezando por el FMI y el BM, pasó 20 años promoviendo reformas “liberalizadoras”, al estilo de los planes de choque que transformaron las economías del Este en los 90s, basándose en las privatizaciones y los recortes del gasto público. Ante el estallido de las revoluciones árabes, y después de un período de esperar y ver, se añadieron más o menos decididamente al carro de los soportes exteriores de los procesos de democratización por medio de intervenciones, en Libia y otros lugares, y la presión de los líderes políticos, con Obama y Clinton a la cabeza. Ahora buscan otra cosa:

“Las instituciones de Washington buscan una forma de apoyar el cambio sin que se abandone el modelo económico... Pero convencer a los egipcios y tunecinos de que la democracia es sinónima de economía de mercado no será fácil. El Wall Street Journal advierte que en Egipto una oposición formada por los líderes de la revolución, sindicatos, los islamistas Hermanos Musulmanes y segmentos del Ejército «pretende dar marcha atrás en las reformas»”.<sup>57</sup>

Son estos factores, difusos porque no acaban de cuajar, los que permiten pensar en indicios, dentro de las revoluciones árabes, de esquemas antisistémicos con algún potencial real en el futuro próximo.

## **(8) FACTOR DESENCADENANTE 2: “¡BASTA!” LA CÓLERA POPULAR ENTRA EN ESCENA**

Pero, más allá del factor desencadenante relacionado con la globalización y la crisis alimentaria, está otro factor que ha dado nombre a un conjunto de

<sup>56</sup> Algo de esto pronosticó Lluís Bassets con pericia antes de la intervención occidental en Libia (“La contrarrevolución”, *El País*, 17.03.2011, p. 18): “Los dirigentes occidentales, Obama incluido, observan las revueltas árabes con preocupación y pasividad... Ninguna apariencia de dirección y nula muestra de voluntad política para ponerse al frente del cambio geopolítico... A diferencia de 1989, cuando el deseo mayoritario era que cayeran uno detrás de otro todos los regímenes comunistas, está claro ahora que solo lo quieren quienes sufren las autocracias, mientras que los grandes intereses políticos y económicos rezan por el mantenimiento del *statu quo* y como mal menor propugnan algunas reformas que hagan de freno y paliativo al ímpetu revolucionario. (...) La rapidez de los acontecimientos obliga a refrescar la memoria... Sarkozy, ahora tan militante, no hace ni dos meses intentó echarle una mano al dictador tunecino mandándole material antidisturbios. Ahora va en cabeza de la procesión y clama por una intervención contra Gadafi (...) En eso estamos ahora. La iniciativa es de la contrarrevolución, que ha conseguido frenar el efecto dominó.”

<sup>57</sup> *La Vanguardia*, 30.04.2011, p. 8.

movimientos que se expandieron por el mundo después de Túnez y Tahrir: la indignación moral. Hay muchos testimonios que apuntan también en esta otra dirección. Por ejemplo, Andy Robinson (2011), en los inicios de las revueltas, da a conocer el argumento de una periodista francesa que sale de Túnez: “Los tunecinos con los que yo he hablado decían que les importaba bastante poco el pan, que su revolución era una reivindicación moral para decir ¡basta!”; y el hecho de que el viejo truco de los dictadores de subvencionar el pan, que pusieron en práctica tanto Ben Ali como Mubarak (también lo ha hecho Marruecos), no funcionara como freno a las revueltas hace pensar que ese testimonio anónimo puede ser acertado.

Sin embargo, no tiene sentido buscar una causa única para el proceso. Las revueltas árabes han sido el resultado de una combinación de factores: la extensión del hambre y la pobreza; las subidas de los precios alimentarios; la existencia de una densa población “murista” (jóvenes sin perspectivas y sin nada que hacer, además de apoyarse en los muros), y también de sectores radicalizados de la clase media (sobre el caso general, ver Giner 1980); pero también el hartazgo psicológico respecto de unas dictaduras<sup>58</sup> que, pese a carecer de alternativa clara, han funcionado a modo de efecto demostración negativo (con la ostentosa vida y patrimonios de una reducida élite cleptómana conviviendo con situaciones ya desesperadas para parte importante de la población, por ejemplo, en Marruecos)<sup>59</sup>. A ello se tiene que añadir un conjunto de factores estructurales de largo plazo que tienen que ver con la inserción, desventajosa, de estos países periféricos en el sistema-mundo y el fracaso de las políticas de desarrollo nacional autocentrado (como fue la revolución desde arriba de Nasser, en Egipto); esa inserción, por otro lado, repercute también en una actitud beligerante, quizá potencialmente antisistémica, de sectores importantes de las clases populares de este Sur global (Amin, 2011). Emmert, un observador sobre el terreno, añade su interpretación que, aunque multifactorial, como tiene que ser, pone el peso principal en el factor que estamos examinando ahora, el hartazgo popular del sultanista antiguo régimen egipcio:

<sup>58</sup> Dice S. Naïr (2011b): “Estamos ante unos movimientos que extraen su energía del rechazo profundo de los pueblos”.

<sup>59</sup> Ver Robinson, 2011, p. 40.

Sin negar el papel que desempeña la economía, esta ha sido primordialmente una rebelión contra el puño de hierro del Gobierno... Por lo que la gente está luchando realmente es por el fin de la omnipresente autoridad de la policía estatal, de la opresiva falta de libertad de expresión, de la sistemática eliminación de cualquier forma de disenso y de oposición (...) “Dignidad” y “respeto” han sido y son las palabras clave de este levantamiento, mucho más que las quejas contra la “pobreza” o el “desempleo”.<sup>60</sup>

Es una visión que puede parecer romántica, pero que sin duda debemos tener en cuenta. La certeza deriva de los *efectos* que ha producido, levantando una ola de disenso político sin precedentes en los países árabes, y contagiando ese espíritu a muchos otros lugares del mundo (como hemos visto que presagiaba Huntington, más arriba). Además, aunque ya Przeworski (1986:52), estudiando la tercera ola democratizadora, advirtió que “un régimen [“autoritario”] no colapsa a menos, y hasta, que se organiza alguna alternativa de tal manera que presente una elección real a ojos de los aislados individuos”, esto no ha ocurrido en esta crisis. Una mayoría de la población, ha saltado al vacío de la protesta callejera sin ningún tipo de protección y careciendo por completo de alternativa real alguna al antiguo régimen, lo que nos proporciona otro potente indicio del vigor de las sociedades civiles tunecina y egipcia, pero también, por ejemplo, siria y marroquí.

El carácter multicausal de esta crisis hace que, en conjunto, los factores mencionados se deban tratar seguramente como una típica “coyuntura fuerte” de Skocpol (1979:298) que tiene como desenlace una revolución política: “la reunión o convergencia de procesos y esfuerzos de grupo determinados separadamente y no coordinados conscientemente (ni deliberadamente revolucionarios)”.

Diversos observadores han captado estos factores de fondo y han coincidido en identificar el meollo o disparadero de la explosión, como decimos, en la conjunción de ciertos factores relacionados con la globalización y la crisis, pero

<sup>60</sup> Converge con ello el agudo Garton Ash (2011 a): El Cairo de 2011 “es el grito de los hombres y mujeres oprimidos que vencen la barrera del miedo y viven, aunque sea de forma pasajera, la sensación de libertad y dignidad”. Y la argelina Khadra (2011): “En Yemen, como en Túnez y Egipto, los pueblos reclaman la libertad, el honor y la posibilidad de acceder a una vida decente”. Y el reportero Enric González (*El País*, 6.03.2011, p. 1): “es reductivo explicar la revolución por factores económicos, aunque existan. Las revoluciones se hacen por ideas y sentimientos, y [en] la de ahora se alza como emblema la dignidad humana”.

también con la cólera moral que solo proporciona la opresión ancestral. Esto es lo que hace una periodista como Ana Carbajosa (2011):

la ola de revueltas populares que ha prendido en países petroleros como Libia, Bahrein o incluso Yemen, demuestra que más allá de las cifras macroeconómicas, el descontento popular lo determinan el modo injusto de repartir la riqueza que se genera y el bajo grado de derechos y libertades políticas”; o: “el deterioro de las condiciones económicas, sumado a la mejora de la educación y a la falta de participación política y de libertades, forman un cóctel explosivo”.<sup>61</sup>

Una hipótesis complementaria es que, sobre todo en los países no petroleros de la región, las políticas neoliberales de reformas liberalizadoras han creado un sentimiento de agravio adicional entre las clases populares privadas ahora de subsidios estatales, pero también de las clases medias. Dice el qatari Taher Kanaan (*ibid.*): “El crecimiento económico de principios de la década pasada sirvió para mitigar la frustración entre las clases medias, pero cuando llegó la crisis y esa misma gente se empobreció y encima siguió sin poder participar en la vida política del país, saltó la chispa”, una propuesta, de resonancias próximas a las teorías de Gurr,<sup>62</sup> que parece sensata para entender la formación de coaliciones interclasistas en Egipto y en Túnez.

El analista que tal vez ha captado con más perspicacia esta causación multifactorial, y en concreto, en su interior, la importancia decisiva de la cólera

<sup>61</sup> Metáfora similar a la que utiliza el Nobel Stiglitz (2011) refiriéndose a la “revolución democrática” de Túnez: “un elevado desempleo y una corrupción omnipresente constituyen una combinación explosiva”. Y también Andy Robinson (2011): “cóctel explosivo de precios crecientes de alimentos y paro masivo juvenil”; o Raj Patel (*id.*): “El desempleo masivo y las subidas de precios de alimentos son un cóctel potente”.

<sup>62</sup> Las observaciones transcritas evocan los rasgos característicos del modelo de la “privación relativa progresiva” de T.R. Gurr (1969; ver síntesis en Aguilar 2001bis:193-194), donde a un período de relativa mejora de condiciones de vida le sucede un repentino declive (fruto de la crisis económica mundial y de las circunstancias que describe Kanaan); el resultado es un estallido revolucionario. Pero también se tiene que añadir que los modelos de Gurr son útiles si se pueden aplicar discriminadamente a sectores de unas poblaciones que presentan gran diferenciación interna. Por otro lado, el modelo de Gurr de la “privación relativa persistente” es muy sugerente para captar el lado político del malestar de las poblaciones árabes, aludido por Carbajosa, debido también a una situación de largo bloqueo, tanto de expectativas como de satisfacción de necesidades, producto de unas prolongadas dictaduras que, no sólo no se centraron (a diferencia de Nasser en su día) en conducir el desarrollo nacional, sino que al aplicar las recetas del neoliberalismo globalizado han creado mucha pobreza y desigualdad añadida (con las subidas de los precios de los alimentos básicos actuando aquí a modo de desencadenante que agudiza la tendencia).



popular, ha sido el francés de origen argelino Sami Naïr. Este escribe (2011d) sobre ese factor propulsor de las revoluciones:

¿por qué ahora? Entre las razones que podemos desvelar, una de las más importantes se debe al advenimiento de una nueva conciencia común, que desmiente los discursos oficiales de los poderes autoritarios sobre la identidad de esas naciones y, a la vez, inflige un reverso mordaz al prejuicio occidental-centrista del “choque de las culturas” y de la “guerra de las identidades”. Esta nueva conciencia, más llamativa en los comportamientos de las clases medias árabes y de la juventud, pertenece a lo que el gran ensayista y poeta antillano Edgar Glissant llamaba “la mundialidad”. En general, la globalización es percibida como expansión de bienes, mercancías y capitales. Pero implica también, de facto, la emergencia de valores universales comunes...[que] se focalizan en una fuerte demanda de ciudadanía.

Todas estas consideraciones obligan a revisar el punto de vista del análisis académico de los países árabes y musulmanes imperante hasta hace poco. Durante la última generación, ha sido otra teoría de Samuel Huntington la que ha gozado de amplio predicamento entre las élites occidentales y los movimientos conservadores de todo el mundo. El “choque de civilizaciones” (Huntington, 1993 y 1997) ha paliado, en parte, junto con otro diseño ideológico disfrazado de teoría, la del “final de la historia” de Francis Fukuyama, la carencia de relatos convincentes para reafirmar la hegemonía del capitalismo neoliberal en el terreno exterior y diplomático después del colapso del modelo soviético en 1989-1991.

Pocas veces puede contemplarse de manera tan directa como en estos primeros meses de 2011, el descrédito, súbito e irreversible, de una teoría social (como la de Huntington) con tantos seguidores académicos. A pesar de que el texto en sí es un poco más sensato de lo que su versión abreviada y político-periodística da a entender, la teoría de Huntington había sido puesta en entredicho en medios académicos hace ya mucho (véanse por ejemplo, Ulrich Beck [2006] y Fernando Vallespín [2005]) y por algunos de los pesos pesados de la teoría social mundial, como Daniel Bell (1994): “No tiene mucho sentido considerar el Islam como una fuerza unitaria”; “eso son tonterías retóricas”; la teoría del choque de civilizaciones “es una declaración apocalíptica, arrolladora en sus frases retóricas, que *confunde la cultura con la política*”. Pero son los hechos mismos los que obligarán a retirar del escenario las ideas de

Huntington, todavía hoy martillo de creyentes que utiliza sin contemplaciones la derecha extrema euro-atlántica (desde Sarkozy a Merkel y Berlusconi, pasando por el PP español y un largo etcétera); y en este sentido tiene razón Garton Ash (2011a) en el sentido de que Huntington ha sido “víctima de esta revolución”, la de Túnez y Egipto, y con él “la falacia del determinismo cultural, y en concreto la noción de que los árabes y los musulmanes no están preparados para las libertades, la dignidad y los derechos humanos. Su «cultura» nos aseguraban Samuel Huntington y otros, les programaba para otra cosa. Que se lo digan a la gente que baila en la plaza de Tahrir...La idea tan condescendiente de que «eso nunca podría ocurrir allí» ha quedado refutada en las calles de Túnez y El Cairo”. Exacto.

Ante nuestros ojos, pero con baja visibilidad, durante la pasada generación se ha producido, por lo que parece, una sustancial reorientación del marco cognitivo que impulsaba los agravios de una mayoría de la población árabe ahora movilizada. Para resumirlo: desde el terrorismo islamista y Al Qaeda se ha pasado a la democratización interna y Turquía como “faros” de los respectivos relatos nacionales.<sup>63</sup> Podemos especular con algunos factores que han propiciado esta transformación: los procesos migratorios a Occidente y un cierto “aprendizaje” directo de vivir en una poliarquía así como de la conveniencia de separar religión y Estado;<sup>64</sup> el éxito del modelo turco; la asociación, consciente e inconsciente, entre prosperidad y sistemas políticos liberalizados; el cambio demográfico y el rejuvenecimiento de las pirámides de población de estos países; un cierto “contagio cultural” inducido por los nuevos medios de comunicación y transmisión de información e iconos culturales globales... En todo caso, en marzo de 2011, el propio primer ministro turco Erdogan reivindicaba desde Hanover el “modelo turco” como el de un país que “puede comunicarse con Oriente y Occidente”.<sup>65</sup>

La década aproximada que ha durado la influencia en la política y la cultura árabes del terrorismo islámico encabezado por Bin Laden llegó aparentemente

<sup>63</sup> Así lo entiende también el viceprimer ministro turco Ali Babacan (*El País*, 7.03.2011, p. 6): “Tras más de ocho años de éxito [económico] y democratización hemos emitido ondas de inspiración social (a otros países islámicos), no podemos ocultarlo”.

<sup>64</sup> Entrecorrido “aprendizaje” porque, suponiendo que este factor haya tenido un peso sustancial en ese cambio, el aprendizaje se habría producido, no gracias sino a pesar de las maneras tan poco democráticas —o incluso antidemocráticas— con que estos países del Primer Mundo han gestionado la cuestión de la mano de obra inmigrante.

<sup>65</sup> *El País*, 4.03.2011, p. 11.

a su fin con el asesinato de éste en Pakistán por parte de un comando norteamericano, a primeros de mayo de 2011. Ha sido también una elocuente coyuntura crítica para comprobar la reacción que ello suscitaba en la región. El *establishment* al mando en los países árabes se encoge de hombros: no hay apenas reacción oficial. Un experto como Gilles Kepel (2011) da en el clavo al afirmar: “La muerte física de Osama bin Laden llega tras la muerte política del líder de Al Qaeda, liquidado por las revoluciones democráticas árabes”.

Uno de los grandes obstáculos del proceso de democratización abierto por las revoluciones residirá con seguridad en cómo modernizar el papel de la religión en la nueva sociedad. La aparición de partidos confesionales, con inevitables conexiones con un Estado teocrático, paralizaría el proceso; y la aparición de partidos análogos a los democristianos europeos permitiría que los sistemas políticos reprodujeran el clivaje iglesia-Estado identificado por Lipset y Rokkan para el caso occidental (1967); es una señal en esta dirección que algunos opositores egipcios, como El Baradei, hayan hecho avanzar la idea de que se ha de impedir constitucionalmente un posible Estado religioso (Díaz-Salazar, 2011). La cuestión de la laicidad (autonomía legislativa del Estado, pluralismo religioso y libertad de conciencia) está y estará a la orden del día; Díaz-Salazar llega a proponer que esta es una de las claves de las revoluciones árabes: “Necesitamos otra democracia que haga verdadera la soberanía popular sobre la riqueza. Este es el reto universal que están lanzando las revueltas sociales en el mundo árabe” (*Ibid.*).

Si ya ha quedado demostrado, por si hacía falta, que la democracia política no es incompatible con la cultura político-religiosa de los países árabes, todavía no sabemos qué perfil tendrá (aunque hay muchos indicios de que se parecerá al perfil turco), y la primera batalla que nos dará indicios nuevos será probablemente la de la laicidad. De momento, otra víctima de las revoluciones ha sido la propia Al Qaeda, que puede considerarse una víctima colateral porque parece sumida en el desconcierto.. Según Jean-Pierre Filiu, “Al Qaeda está totalmente superada por este mar de fondo que sumerge al mundo árabe. El empuje democrático invalida todo lo que los yihadistas proponen y sus métodos de actuación”.<sup>66</sup>

<sup>66</sup> I. Cembrero, “La cadena de revoluciones arrolla a Al Qaeda”, *El País*, 3.03.2011, p. 6.

### **(9) FACTOR DESENCADENANTE 3: NUEVOS REPERTORIOS Y ESTRUCTURAS DE MOVILIZACION: LAS NTIC Y EL SECTOR JOVEN URBANO**

Hay un tercer factor determinante de las revoluciones árabes que constituye, además, la aportación *sui generis* y altamente innovadora de la Cuarta Ola. Este factor consiste en la articulación entre un sector joven urbano y con formación cultural y educativa, por un lado, y el uso creciente y original, y en algunos lugares masivo, de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC) por otro. Cada uno por separado, y coaligados, se han constituido en unas sorprendentes, por inéditas, estructuras de movilización que han arrasado con unos viejos regímenes “autoritarios-sultanistas” en un tiempo récord. Empecemos por situar los elementos del factor que examinamos a través de testimonios sobre el terreno.

La reportera de *El País*, Nuria Tesón, bajo el titular “Los jóvenes que acabaron con el faraón” (13.02.2011, p. 4), nos propone que “Un grupo de activistas y blogueros egipcios promovió en las redes sociales y en la calle la revolución”:

Entre 20-30 años, “la mayoría han vivido siempre gobernados por un solo presidente bajo una ley de emergencia”. “Ningún partido político, ninguna organización de la sociedad civil o sindicato ha guiado la protesta. Pero tampoco ha sido un movimiento espontáneo... la revolución egipcia se ha gestado durante el último año en las calles y en las casas; a través de facebook o de bitácoras virtuales...”. “Ya se les conoce como los Jóvenes del 25 de Enero”, que crearon “una plataforma lo más heterogénea posible y a la que se podrían adherir nuevos miembros. El número definitivo fue de 14 personas de todo signo ideológico pero, en cualquier caso, jóvenes que llevaban más de un año gestando su revolución en la retaguardia”.

Los 14 son estos: Sally Moore, Ziad Alimy y Samir Abdel Rahman, de la Asamblea Nacional para el Cambio de Mohamed El Baradei; Ahmed Maher<sup>67</sup> y Samy Mahmoud, del movimiento Jóvenes del 6 de Abril; Islam Lofty y Mohamed Abbas, de las bases de los Hermanos Musulmanes; Shady Ghazali Harb y Salah Amr, del Frente Democrático y la Juventud para la Justicia y la Libertad; y Sayed Khaled y Shaki Mostafa.

<sup>67</sup> Maher es uno de los principales estrategas del Movimiento juvenil egipcio 6 de Abril. Al parecer se inspiró en parte en el trabajo del politólogo norteamericano Gene Sharp sobre los “198 métodos de acción no violenta”. El propio Sharp admite que no ha tenido ningún contacto con los manifestantes egipcios, “aunque hace poco se enteró de que los Hermanos Musulmanes habían colgado *De la dictadura a la democracia* en su página web” (Sheryl Stolberg, “El gurú de las revueltas árabes vive en Boston”, en *The New York Times-El País*, 3.03.2011, p. 4).

Participan también además “de estos, activistas independientes como Naser Abdel Hamid y Abdel Rahman Faris, y Wael Ghonim, ejecutivo de Google y uno de los fundadores de la versión árabe de facebook Kolona Khaled Said (en español, Todos somos Jaled Said, en referencia al joven asesinado a golpes por la policía)”.

La plataforma de los Jóvenes del 25 de Enero se reunió con líderes políticos (como Mohamed El Beltegy, exparlamentario de los Hermanos Musulmanes, Osama el Ghazaly, también exparlamentario y el líder del movimiento Kifaya (Basta) George Isaak) pocas horas antes del último discurso de Mubarak como presidente y consensuaron un paquete de medidas para guiar la transición, según la reportera Tesón, que habla de “los 14 Jóvenes del 25 de Enero y la masa que les sigue”.

Este relato es oportuno porque fija la atención en dos axiomas que se asocian a las nuevas revoluciones y que merecen ser escrutados. Uno, que ha circulado por las calles, los hogares y las redacciones de los periódicos de todo el mundo, lo expone con claridad el ejecutivo de Google Wael Ghonim: “Si queréis liberar a una sociedad, dadle Internet”. “Esta revuelta ha empezado en Facebook. Hemos trabajado duro al principio difundiendo mensajes e intentando romper la barrera psicológica del miedo”.<sup>68</sup>

El segundo axioma es más amplio, pero es igualmente una interpretación compartida por muchos sectores de la opinión pública occidental, y lo expresa certeramente el periodista Lluís Basset:

La percepción más común es que esta revolución árabe, no tan solo en Egipto, está en manos de una generación nueva, muy numerosa y diferenciada de las anteriores, sobre todo gracias a la irrupción masiva de la cultura globalizada de las redes sociales a través de teléfonos móviles.<sup>69</sup>

Este punto de vista, lo recrean y matizan los directores de algunos de los mejores periódicos del mundo, que a su vez publicaron en su día los extractos de Wikileaks que tuvieron un gran impacto en los países de la Cuarta Ola:

El director de *El País*, Javier Moreno, cree que los cables publicados [de Wikileaks] han sido un factor coadyuvante de las revoluciones en esos países. El papel determinante se lo atribuye “a las redes sociales en su conjunto, a la nueva sociedad de la información, a la velocidad con que circulan las noticias: esa ha sido la base sobre la que se ha construido el movimiento”.

<sup>68</sup> Declaraciones a la cadena CNN, *El País*, 13.02.2011, p. 4.

<sup>69</sup> *El País*, 13.02.2011, p. 5.

Según Bill Keller, director de *The New York Times*: “De lo que somos responsables es de haber avivado el fuego en Túnez, donde la información de Wikileaks sobre la vida de sus mandatarios tuvo mucho eco y enfureció a la población. Egipto sufrió un contagio claro”.<sup>70</sup>

Ha habido también un impacto en las poblaciones árabes de los programas innovadores de las propias cadenas televisivas de la región. Hay 124 cadenas vía satélite que llegan a todos los países árabes y musulmanes y que, según un observador, han provocado que “la opinión pública ha desconectado de los viejos sistemas políticos en todo Oriente Medio. Al Yazira...es la más importante”. Informa también de que, según José María Perceval (UAB), esta transformación televisiva “ha permitido crear una conexión interclasista necesaria para pasar de la revuelta simple de subsistencia a una revolución que desee cambiar el sistema de poder”. Sin Al Yazira, Al Arabiya, la cadena saudí que emite desde Dubái, y sin el resto de televisiones “no se hubiera abierto el espacio común panarabista que, desde el 2004, ocupan los blogueros y, desde 2008, las redes sociales. Estos activistas del ciberespacio árabe son la generación Al Yazira”.<sup>71</sup> El corresponsal de *La Vanguardia* (24.04.2011) en la región, Henrique Cymerman, evalúa así la cuestión: “Los periodistas de Al Yazira... no provocaron las protestas populares, pero es imposible imaginar la *revolución en directo* sin la presencia de sus cámaras”.

Moisés Naím (2011a) matiza con sensatez los mensajes, como el de Ghonim citado, que mitifican el poder revolucionario potencial de Internet:

No hay duda de que las redes sociales, en especial Facebook y los mensajes a través de Twitter, o las filtraciones de Wikileaks [dando a conocer a los tunecinos la corrupción del dictador y su familia por medio de los cables del embajador norteamericano], tienen algo que ver con los alzamientos populares en el mundo árabe. Algo... Esta perspectiva no nos explica, por ejemplo, por qué Libia, un país con una bajísima penetración de Internet (cerca de 350.000 usuarios en una población de más de seis millones) o en Yemen, con índices aún más bajos, han sido de los países más sacudidos por las revueltas populares.(...) Es esta frustración generalizada, producto de décadas de malas políticas económicas, combinadas con vasta corrupción, creciente desigualdad y una amplia desesperanza, lo que crea la motivación para tomar las plazas. Y ver por televisión que en otros países esto da resultado y que el pueblo en la calle logra derrocar a un dictador que hasta hace poco era intocable también es una potente

<sup>70</sup> *El País*, 24.02.11), pp. 35-36.

<sup>71</sup> Xavier Mas de Xaxàs, *La Vanguardia*, 26.02.11, p. 6.

fuerza movilizadora. Y en esto los canales de noticias en árabe que llegan vía satélite han sido una fuerza mucho más poderosa que Internet.

Pero, quizás, lo más relevante es que la fascinación con el papel de las nuevas tecnologías en los cambios políticos en el mundo árabe ha opacado la importancia que en todo esto ha tenido una vieja tecnología: los fusiles. El papel de las Fuerzas Armadas en lo que sucedió en Túnez o Egipto ha sido tanto o más determinante que Facebook. En estos países, los militares les quitaron el apoyo a los dictadores, y a estos no les quedó más opción que irse.”

Enric González, reportero, subraya cómo circuló el *frame* de la indignación moral que desencadenó las movilizaciones de la Cuarta Ola:

Gracias al ciberespacio, los jóvenes árabes ignoraban las fronteras nacionales. (...) Varios jóvenes profesionales, bajo la cobertura del Premio Nobel de la Paz y dirigente opositor Mohamed el Baradei, crearon en Facebook un grupo llamado ‘Todos somos Jaled Said’ [joven de 28 años que el 6 de junio de 2010 fue detenido en Alejandría por dos policías que le golpearon hasta matarlo]. En pocos días el grupo congregó a cientos de miles de personas y se convirtió en el principal foco de oposición al régimen de Hosni Mubarak.<sup>72</sup>

Y Michael Slackman reúne la mayor parte de los argumentos examinados hasta aquí:

una transformación que ha recorrido todo Oriente Próximo, impulsada por gente joven que no está amenazada por el temor que frenaba a sus padres. Al principio parecían una fuerza imparable, movida por el poder de la demografía: alrededor de un 60% de la población de todo el mundo árabe tiene menos de 30 años. Empezaron a reestructurar sociedades en las que los jóvenes se inclinaban ante los mayores, y derrocaron viejas jerarquías y Gobiernos inamovibles... El acceso de esta generación a una vida sin fronteras a través de Internet y de canales de televisión panárabes como Al Yazira la ha expuesto a otras sociedades, alimentando la ira hacia la política represiva y el estancamiento económico que han privado a los jóvenes de oportunidades y libertad.<sup>73</sup>

Aunque por el momento sin revolución, algo parecido ha ocurrido en Marruecos. Con el despertar de las protestas reformistas, y según periodistas locales escribiendo sobre una pauta que se ha repetido en otros países del área, “Marruecos aparece dividido entre unos partidos políticos convencionales, que apuestan por una reforma constitucional en línea con las ideas formuladas

<sup>72</sup> “Esta revolución es por dignidad”, *El País*, 6.03.2011, p. 2.

<sup>73</sup> “La revolución se tiñe de sangre”, *El País-The New York Times*, 31.03.2011, p. 1.

por el rey, y los islamistas, izquierdistas, defensores de los derechos humanos y jóvenes, que desean ir mucho más allá”.<sup>74</sup> J.I. Torreblanca<sup>75</sup> da su testimonio sobre el terreno y concluye:

Libertad, democracia y dignidad. Es el eslogan del Movimiento 20 de Febrero marroquí, formado por jóvenes universitarios (e importante, universitarias) que hablan idiomas y son fanáticos de las redes sociales. Muchos de ellos se movilizaron por primera vez en 2008 para pedir la libertad de Fuad Murtada... A los jóvenes se les han sumado los islamistas, la izquierda y los sindicatos, también los intelectuales, y sobre todo la prensa más crítica, que ha roto todos los tabúes y se ha lanzado al debate público, que es increíblemente vivo y abierto. Tras dos días de entrevistas en Rabat, la sensación es que se trata de una coalición de puro heterogénea... El Movimiento 20 de Febrero nació de la estela que dejaron las revoluciones en Túnez y Egipto. Su primer éxito ha sido rotundo, pues ha impulsado al rey a rescatar del baúl el programa de reformas con el que inauguró su mandato pero que luego abandonó.

La pauta descrita para Marruecos se ha observado también en Argelia:

Miles de estudiantes argelinos consiguieron ayer lo que la oposición tradicional –un partido laico, defensores de los derechos humanos y sindicatos autónomos- al régimen del presidente Buteflika no ha logrado hacer en las nueve ocasiones en las que convocó protestas desde el 12 de febrero: manifestarse en Argel.<sup>76</sup>

Y también en Yemen, donde las fuerzas de oposición se dividen en dos ramas: el Foro Común, que agrupa a siete partidos tradicionales (desde los islamistas del Islah hasta el Partido Socialista), por un lado; y por otro ocurre algo parecido a Túnez y Egipto, según relata la reportera Angeles Espinosa: “los jóvenes activistas actúan con independencia y ya al principio de la crisis obligaron al Foro a dar marcha atrás después de que aceptara una invitación al diálogo del partido gobernante”.<sup>77</sup>

Luz Gómez sugiere cuáles son los fundamentos de la coalición ganadora en muchos países, de la “convergencia” entre dos sectores: “La demanda de pluralismo y libertad de las clases medias árabes sintoniza con la reivindicación de una equidad socioeconómica y una ética distributiva por parte de las clases

<sup>74</sup> Crónica de Ignacio Cembrero, *El País*, 9.04.2011, p. 6.

<sup>75</sup> “Primavera marroquí”, *El País*, 8.04.2011, p. 10.

<sup>76</sup> Crónica de Ignacio Cembrero, *El País*, 13.04.2011, p. 4, y 16.04.2011, p. 5.

<sup>77</sup> *El País*, 25.04.2011, p. 8.



más desfavorecidas”.<sup>78</sup> Sobre el “¿por qué ahora?” de las revoluciones árabes de 2011 al que aludíamos al principio, dice Luz Gómez:

“¿por qué ahora? Hace dos décadas que el porcentaje de población árabe menor de 25 años supera el 50%. La novedad es su nivel de educación y su integración en la sociedad de la información. La novedad es que son jóvenes que se saben jóvenes y quieren serlo: emanciparse, viajar, consumir. La alquimia de los números ayuda a comprender por qué ahora: en 2002, el uso de Internet por los árabes apenas rozaba el 0,5% del total mundial (constituyendo los árabes el 5% de la población), pero en 2009 el Arab Knowledge Report de Naciones Unidas constataba una fuerte subida hasta el 4,5%”.<sup>79</sup>

En conclusión, la formación de un grupo compacto de jóvenes urbanos con acceso a las NTIC se puede entender de dos maneras complementarias. Una, por sí mismas, automáticamente, estas tecnologías no desencadenan ninguna acción colectiva; como todas las tecnologías, lo decisivo es el uso social que se hace de ellas y, en este sentido, ese sector joven las ha usado para constituirse como grupo. Es decir, las NTIC han transmitido agilidad a la formación de las redes que son la base de las estructuras de movilización, pero no las sustituyen. La equiparación automática de internet y las redes sociales con una supuesta liberación de las poblaciones es una noción ingenua y simplista que no se corresponde con la realidad.<sup>80</sup> La cuestión básica subyacente es simple: las redes sociales facilitan enormemente la movilización de grupos de personas disponibles ya para la acción colectiva; pero, como sostiene Gardels (2012), “no para desarrollar los procesos de negociación y creación de consensos” que suceden a la movilización. Pero dicho esto, dos, la reiteración de la misma pauta juventud urbana-uso de NTIC-movilización social tiene que alertarnos acerca de algo más. Lo sintetiza perfectamente Manuel Castells (en este mismo Anuario):

En las últimas dos décadas se ha producido una transformación revolucionaria de la tecnología, morfología y organización de la comunicación socializada, aquella que tiene el

<sup>78</sup> Luz Gómez, “Siete claves para el despertar árabe”, *El País*, La Cuarta Página, 15.04.2011, p. 29.

<sup>79</sup> *Ibid.*

<sup>80</sup> Véase al respecto el análisis de Daniel Innerarity, 2012. Dice el autor, con razón, sobre la “beatería digital”: “El hecho de que Internet se base en la facilidad y en la confianza constituye también su vulnerabilidad; facilita la resistencia, la crítica y la movilización, pero nos expone de una manera inédita a nuevos riesgos”.

potencial de incluir en su proceso al conjunto de la sociedad. Dicha transformación puede definirse como el paso de la comunicación de masas a la auto-comunicación de masas. La comunicación de masas, ejemplificada por la televisión, se define por un sistema en que un mensaje unidireccional, con escasa interactividad, se emite de uno para muchos, usualmente en tiempos programados y sin contexto reflexivo. En la auto-comunicación de masas, ejemplificada por internet y las redes móviles, el sistema de mensajes es múltiple, de muchos a muchos, multimodal, con la posibilidad de continua referencia a un repositorio hipertextual de contenidos, en tiempo libremente escogido y con interactividad como norma: los sujetos pueden construir sus propias redes de comunicación, es decir: auto-comunicar. La difusión de la auto-comunicación de masas en el conjunto toda la sociedad ha creado la plataforma para la construcción de la autonomía comunicativa de las personas. Y la autonomía comunicativa es la base de la autonomía organizativa, cultural y política con respecto a las instituciones dominantes de la sociedad.

### **(10) QUÉ SON Y A DÓNDE VAN LAS REVOLUCIONES ÁRABES**

Sami Nair (2011b) resume muy bien las condiciones innovadoras de esta oleada democratizadora (que combina con una acertada reflexión metodológica que recuerda nociones de Lévi-Strauss):

Si la historia humana, al contrario de la naturaleza, no obedece probablemente a ley predeterminada alguna, lo que es seguro es que la ley, por su parte, es sin duda el producto cada vez específico de la historia. Lo que ocurre hoy en el mundo árabe es desde este punto de vista del todo excepcional y significativo... He aquí un proceso revolucionario... [que] continúa abriéndose camino en profundidad sin que nadie pueda afirmar con certeza cuándo y cómo se detendrá. Su ley específica aparece sin embargo con claridad: es un movimiento espontáneo, desarmado, sin dirección política organizada, sin líderes reconocidos e incontestables, sin fuerza material ni financiera.

Con mayor detalle:

1. Es una revolución con fortísima presión desde abajo y de causación exclusivamente endógena. Lo que hemos dicho: una paradoja si se considera que había escasas noticias sobre la existencia de una sociedad civil vigorosa, imprescindible para producir tales efectos.
2. Eso ocurre en una región donde medios académicos de todo el mundo aseguraban que regía la ley de Huntington, es decir, una "civilización", o parte de ella, donde se suponía que el factor religioso musulmán y la tradición teocrática impedirían cualquier modernización liberal que pudiera pensarse, y

en específico, cualquier democratización. Hemos recordado el acertado diagnóstico de Garton Ash: la hipótesis (o el dogma) de Huntington ha quedado refutada en las calles de Túnez y El Cairo.

3. Jack Goldstone (1991) señaló ciertas correlaciones entre la presión demográfica y el estallido revolucionario que pueden ser pertinentes para el caso. Sabíamos ya que los desequilibrios entre población y recursos presionan para generar miseria económica, malestar social y conflicto político, pero el estudio de Goldstone puso de relieve el papel de las tendencias demográficas, en ciertas condiciones, para producir directamente el estallido de crisis políticas y “explosiones revolucionarias” (p. XXV) adicionales. Y uno de los factores nuevos y de correlación directa evidente con las revoluciones árabes es el gran crecimiento demográfico de estos países y el enorme porcentaje de población menor de 25 años (Hendawy, 2011).

4. El anterior factor causal “viejo” para el espasmo revolucionario, la presión demográfica, se ha reunido, seguramente por azar, con otro prototipo clásico para la revuelta popular, como es el *food-riot* o motín de subsistencia que ha provocado varias subidas sustanciales de los precios de los alimentos básicos.

5. Y los dos últimos factores han confluído con otro factor de esta revolución original, este totalmente nuevo: ha nacido lo que algunos analistas conciben como un nuevo sujeto histórico, la juventud. Muchos de los activistas tunecinos pertenecen a este sector; una joven activista aclara en su blog: “el paro es la chispa que ha provocado esta revuelta, pero los manifestantes critican también al poder, hartos de los 23 años de dictadura, corrupción y de la falta de libertad de expresión”,<sup>81</sup> otro joven argelino hace una síntesis de la situación para el periodista: los jóvenes activistas tunecinos y argelinos (y sus hermanos pequeños, niños, también manifestantes) “lo único que saben es que estamos hartos de no tener futuro, de que hagan con nosotros lo que les dé la gana” y alude a que, tengan estudios o no, son “muristas” (“nos pasamos el día apoyados en la pared, aguantando el muro”).<sup>82</sup>

6. Sidney Tarrow (2010) y Donatella de la Porta, entre otros, nos han alertado en los últimos años sobre el surgimiento de una doble red, nacional y transnacional, de protesta y reivindicación que transforma los fenómenos

<sup>81</sup> *El País*, 6.01.2011, p. 3.

<sup>82</sup> *La Vanguardia*, 9.01.2011.

políticos. Un aspecto de esta transformación ha sido puesto de relieve también por las revoluciones árabes, como ha recordado Manuel Castells (2011) aludiendo a Túnez y Egipto: “La comunidad creada en la plaza y la cobertura informativa de los medios internacionales y la televisión por satélite, con Al Jazira en primer lugar, ampliaron la protesta y le dieron una conexión local-global que empieza a ser la característica de las nuevas revoluciones”.

7. Si prestamos atención a los tres factores determinantes principales que han contribuido a desatar la cuarta ola democratizadora en los países árabes y musulmanes, y resumiendo los factores considerados por separado hasta aquí, podemos concluir lo siguiente:

- a) Lo sucedido son revoluciones democráticas que no estaban anunciadas. Son revoluciones originales porque se sirven de una combinación inédita de factores, la mayoría de generación endógena.
- b) El objetivo de esas revoluciones han sido “sultanes” postcoloniales que administraban “negocios” que beneficiaban de forma casi exclusiva a la élite interior y exterior bajo el patrocinio y cobertura de las instituciones neoliberales que han gobernado hasta ahora la globalización.
- c) El factor decisivo del éxito de la sublevación, al menos hasta el momento, ha sido una combinación de coaliciones democratizadoras con fuerte arraigo interior; el asentamiento de un extenso sector joven y urbano que ha sabido utilizar las nuevas tecnologías de la comunicación y las televisiones árabes por satélite para inventarse unas asombrosas estructuras de movilización; y el papel de los militares que, en general por omisión, han dejado caer al antiguo régimen del sultán inducidos en parte por la nueva estrategia de los centros imperiales.

8. Los focos que han desatado la Cuarta Ola son inequívocos. Túnez como punta de lanza por ser probablemente el país más modernizado de la región. El “afrancesado” Túnez tiene una larga tradición de derechos de la mujer y las mujeres de este país estuvieron entre las primeras en obtener el derecho a voto al poco de independizarse el país (1956), el derecho al aborto al mismo tiempo que las estadounidenses, hay más mujeres en el Parlamento que en el francés, por ejemplo, la poligamia está prohibida y el matrimonio supeditado al

consentimiento de la mujer y, quizá lo más importante, su tasa de alfabetización (71%) es la más alta del Norte de Africa.<sup>83</sup>

Y de otro lado, Egipto, un país líder de la región por razones históricas, de peso demográfico y militar, y uno de los ejes de la estrategia de los poderes occidentales para la región (que incluye favorecer los intereses de Israel a toda costa).

9. Las revoluciones democráticas en Túnez y Egipto, así como el derrocamiento de Gadafi en Libia después de una guerra breve pero intensa, son “árabes” pero pueden acabar contagiando a países que no lo son, como Irán. ¿Cómo acabará la revolución democrática en Egipto y en Túnez? Elorza da este diagnóstico: “las experiencias egipcia y tunecina tienen altas posibilidades de ser resueltas a corto plazo mediante relevos parciales en el interior de unas élites que ya ejercían el poder” (algo que se parece al “cambio tutelado” de Xavier Batalla, 2011a). Con los datos disponibles y que hemos examinado, parece posible, pero la potencia y persistencia de las revueltas cívicas hace pensar que la posibilidad de “ruptura” (el bando rupturista es el que pidió el NO en el referéndum egipcio) no se puede descartar.<sup>84</sup>

<sup>83</sup> Katrin Bennhold, *El País-The New York Times*, 10.03.2011, p. 1. Un observador de *El País* subraya (6.01.2011): “Túnez es el país del área con mayor penetración de internet, pero también donde la Red está más controlada. Los internautas tunecinos se las ingenian para sortear los controles y difundir vídeos de las manifestaciones o convocar en Thala, a través de Facebook, una huelga de estudiantes de bachillerato. Pidieron ayuda a Anonymous ... y estos han respondido”. “Anonymous colgó un texto en las webs atacadas en el que se denuncia la ‘censura insultante’ impuesta por Ben Ali. También criticó a ‘la prensa libre y abierta’ del mundo occidental cuya responsabilidad consiste ‘en dar cuenta de lo que los medios de comunicación tunecinos, sometidos a la censura, no pueden relatar’.

<sup>84</sup> A pesar de ello, lo que ha empezado con las revoluciones fuertes de Túnez y Egipto, y con la guerra civil-internacional en Libia, puede contagiarse a otros países de la zona por difusión y evolución (no necesariamente por nuevas revoluciones). Véase Jordi Vaquer, “Emperadores desnudos”, en *El País*, 12.02.2011, p. 13.

## Bibliografía citada

AGUILAR, Salvador

(1991) *Sindicalisme i canvi social a Espanya, 1976-1988*, vol. VI: Salvador Aguilar i Jordi Roca, *Epíleg: la vaga general del 14-D*, Fundació Bofill i Fundació Volkswagen, Barcelona.

(1993) "Transición política", entrada de la Enciclopedia Larousse, Planeta.

(2001) "Movimientos sociales y cambio social. ¿Una lógica o varias lógicas de acción colectiva", en *Revista Internacional de Sociología*, 30, septiembre-diciembre, pp. 29-62.

(2001 bis) *Ordre i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats*, Hacer.

(2008) "El laboratorio postsoviético y la teoría de la revolución", *Revista de Estudios Políticos*, 139, enero-marzo, pp. 197-231.

(2008 bis) "Después de la crisis del movimiento obrero: el conflicto social en la era de la globalización", Congreso de Ciencia Política Crítica, Bilbao 15-16.11.2008. Disponible en las publicaciones digitales de la UB: <http://hdl.handle.net/2445/10942>.

(2011a) con María T. Bretones y Jaime Pastor, "De Tahrir al 15-M: movimientos ciudadanos al rescate", en *Tribuna*, Revista digital del Ministerio de Educación y Ciencia:

<http://agenciasinc.es/esl/Tribuna/De-Tahrir-al-15-M-movimientos-ciudadanos-al-rescate>.

AMIN, Samir

(2011a) "The trajectory of historical capitalism and marxism's tricontinental vocation", en *Monthly Review* 62, 9, febrero de 2011, pp. 1-18.

(2011b) "An arab springtime?", en *Monthly Review*, vol. 63, 5, octubre. Versión castellana en esta misma sección del Anuario.

ASH, Timothy Garton

(2005) "¿Qué es el Islam?", en *El País-Domingo*, 18.09.2005, p. 10.

(2011a) "Acertar con los pasos siguientes en Egipto", *El País*, 12.02.2011, p. 33.

(2011b) "¿Estamos ante el 1989 de los árabes?", en *El País*, 7.02.2011, p. 27.

BATALLA, Xavier

(2011 a) "Cambio tutelado", en *La Vanguardia*, 19.03.2011, p. 16.

BECK, Ulrich

(2006) "Por qué se equivoca Huntington", en *El País*, 21.12.2006, p. 13.

BELL, Daniel

(1994) "¿Choque de civilizaciones?", en *El País*, 6.08.1994, p. 9.

BRYANT, Christopher y Edmund Mokrzycki

(1994) *The new great transformation? Change and continuity in East Central Europe*, Routledge, Londres.

CARBAJOSA, Ana

(2011) "Sin trabajo y sin libertades", *El País Negocios*, 27.02.2011, p. 8.

CASTELLS, Manuel

(2011) "Revolución en Egipto", en *La Vanguardia*, 12.02.2011, p. 23.

DAHL, Robert

(1953) y Charles Lindblom, *Politics, economics and welfare*, Transaction, New Brunswick, ed. de 1992 con un nuevo Prefacio de los autores.

(1971) *Polyarchy. Participation and opposition*, Yale University Press, New Haven. (Traducción castellana en Ed. Tecnos, Madrid.)

(1973) (Ed.) *Regimes and oppositions*, Yale University Press, New Haven.

DAHRENDORF, Ralf

(2005) "La política de la frustración", en *La Vanguardia* 16.10.2005.

(2006) *El recomienzo de la historia. De la caída del Muro a la Guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires.

DALE, Gareth

(2005) *Popular protest in East Germany, 1945-1989*, Routledge, Londres.

DIAZ SALAZAR, Rafael

(2011) "El futuro político del mundo árabe y la laicidad", en *El País*, 4.03.2011, p. 31.

DOBRY, Michel

(1988) *Sociología de las crisis políticas*, CIS, Madrid.

ELORZA, Antonio

(2011) "Revoluciones inacabadas", en *El País*, 2.05.2011, p. 27.

(2011 a) "El miedo", en *El País*, 21.02.2011, p. 23.

(2011b) "El miedo", *El País*, 21.02.2011, p. 23.

EMMERT, Frank

(2011) "La 'generación Y' hace la revolución", en *El País* 14.02.2011, p. 29.

- FAVRE, Pierre  
(1990) *La manifestation*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.
- GARDELS, Nathan  
(2012) "Medios sociales y democracia deliberativa", La Cuarta Página, *El País*, 21.03.2012, p. 33.
- GIL CALVO, Enrique  
(2011) "La 'cuarta ola' democratizadora", en *El País*, 11.03.2011, p. 35.
- GINER, Salvador  
(1980) "La revolución", capítulo 13 de J.F. Marsal y B. Oltra (eds.), *Nuestra sociedad: introducción a la sociología*, Vicens Vives, Barcelona.
- GOLDSTONE, Jack  
(1991) *Revolution and rebellion in the early modern world*, University of California Press, Berkeley.  
(2011) "Understanding the revolutions of 2011. Weakness and resilience in Middle Eastern autocracies", en *Foreign Affairs*, May/June.
- GRANOVETTER, Mark  
(1973) "The strength of weak ties", *American Journal of Sociology*, 78, 6, mayo, pp. 1.360-1.380.
- GUNTHER, Richard y N. Diamandouros y H.-J. Puhle (eds.)  
(1995) *The politics of democratic consolidation. Southern Europe in comparative perspective*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- GURR, Ted Robert  
(1969) "A comparative study of civil strife", cap. 17 de Hugh Davis Graham y T.R. Gurr (eds.), *The history of violence in America*, Bantam, Nueva York.
- HENDAWY, Gamal  
(2011) "Los perfiles de la población [egipcia]", en AA.VV. Dossier La Vanguardia, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 39-46.
- HIRSCHMAN, Albert  
(1977) *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HOBBSBAWM, Eric  
(1975) "Civilians versus military in XXth century politics", capítulo 18 de E. Hobsbawm, *Revolutionaries*, New American Library, Nueva York. (Original de 1967.)  
(1995) *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- HUNTINGTON, Samuel  
(1993) "The clash of civilizations?", en *Foreign Affairs*, verano de 1993.  
(1991) *The third wave. Democratization in the late twentieth century*, University of Oklahoma Press, Norman.  
(1994) *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona.  
(1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, (original de 1996).
- INNERARITY, Daniel  
(2012) "Desenredar una ilusión", La Cuarta Página, *El País*, 2.03.2012, p. 29.
- JOFFÉ, George  
(2011) "El futuro del Norte de Africa", en AA.VV. Dossier La Vanguardia, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 88-91.
- JOHNSON, Chalmers  
(1966) *Revolutionary change*, Little Brown, Boston.
- KEPEL, Gilles  
(2011) "El cierre de una década oscura", *El País*, 4.05.2011, p. 6.
- KHADRA, Yasmina  
(2011) "No son revoluciones", en *El País*, 4.02.2011, p. 33.
- KRUGMAN, Paul  
(2011) "Sequías, inundaciones y alimentos", *El País Negocios*, 13.02.2011.
- LINZ, Juan  
(1973) "Opposition to and under an authoritarian regime: the case of Spain", cap. 6 de Robert Dahl (1973).
- LINZ, Juan y Alfred Stepan  
(1996) *Problems of democratic transition and consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

- LIPSET, Seymour y Stein Rokkan  
(1967) *Party systems and voter alignments*, Ed. S.M. Lipset y S. Rokkan, Free Press, Nueva York, especialmente pp. 1-64.
- MACÍAS-AYMAR, Íñigo  
(2011) y Eduard Soler, "Desarrollo, juventud y revuelta", *El País Negocios*, 27.02.2011, p. 4-5.
- MAGDOFF, Fred  
(2009) "La crisis alimentaria mundial", cap. 1 de AA.VV., *La debacle de Wall Street y la crisis del capitalismo global, 2007-2009*, Monthly Review-Selecciones en castellano, No. 10, Ed. Hacer, Barcelona.
- MAHER, Stephen  
(2011) "The political economy of the Egyptian uprising", en *Monthly Review*, vol. 63, 5, octubre. Versión castellana en esta misma sección del Anuario.
- McADAM, Doug con Sidney Tarrow y Charles Tilly  
(2001) *Dynamics of contention*, Cambridge University Press, Cambridge, Sección "A civil war that never happened: the Spanish transition to democracy", p. 171 y ss.  
(2005) *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.
- MILANOVIC, Branko  
(2006) *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Sistema, Madrid.
- MOORE, Barrington  
(1978) *Injustice: the social bases of obedience and revolt*, Sharpe, White Plains, Nueva York.
- NAÍM, Moisés  
(2011) "¿Cómo muere una dictadura?", *El País*, 13.02.2011, p. 9.  
(2011a) "Ni Facebook, ni Twitter: son los fusiles", *El País*, 27.02.2011, p. 6.
- NAÏR, Sami  
(2011a) "De Túnez a El Cairo", en *El País*, 18.02.2011, p. 25.  
(2011b) "La originalidad árabe", en *El País*, 9.04.2011, p. 6.  
(2011c) *La lección tunecina. Cómo la revolución de la dignidad ha derrotado el poder mafioso*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.  
(2011d) "La «mundialidad»", *El País*, 18.06.2011.
- OBERSCHALL, Anthony  
(1997) "Loosely structured collective conflict", cap. 3 de *Social movements. Ideologies, interests, and identities*, Transaction, New Brunswick.
- O'DONNELL, Guillermo  
(1996) "Otra institucionalización", *La Política*, No. 2, Ed. Paidós, Barcelona.
- O'DONNELL, Guillermo y Philippe Schmitter  
(1986) *Transitions from authoritarian rule. Tentative conclusions about uncertain democracies*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore. (Traducción castellana en Ed. Paidós, Barcelona.)
- O'DONNELL, Guillermo y Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.)  
(1986bis) *Transitions from authoritarian rule. Southern Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore. (Traducción castellana en Ed. Paidós, Barcelona.)
- OFFE, Claus  
(2004) *Las nuevas democracias. Transición política y renovación institucional en los países postcomunistas*, Hacer, Barcelona.
- OLSON, Mancur  
(1965) *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Harvard University Press.
- OPPENHEIMER, Andrés  
(2011) "Egipto, Túnez y Sudamérica", *El País* 15.03.2011, p. 14.
- PAIGE, Jeffery  
(2003) "Finding the revolutionary in the revolution: social science concepts and the future of revolution", cap. 2 de John Foran, *The future of revolutions. Rethinking radical change in the age of globalization*, Zed, Londres.
- PATEL, Raj  
(2008) *Obesos y famélicos. El impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial*, Ed. Los Libros del Lince, Barcelona.
- PFAFF, Steven  
(2006) *Exit-voice dynamics and the collapse of East Germany. The crisis of leninism and the revolution of 1989*, Duke University Press, Durham.



PRZEWORSKI, Adam

(1986) "Some problems in the study of the transition to democracy", cap. 2 de G. O'Donnell, Ph. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from authoritarian rule. Comparative perspectives*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

ROBINSON, Andy

(2011) "Pan, libertad y facebook", en *La Vanguardia*, 13.02.2011, pp. 38-40.

ROGOFF, Kenneth

(2011) "El comodín de la desigualdad", en *El País-Negocios*, 13.02.2011, p. 6.

SAKWA, Richard

(2004) *Postcomunismo*, Hacer, Barcelona.

SCOTT, James

(1985) *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, Yale University Press, New Haven.

SKOCPOL, Theda

(1979) *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China*, Cambridge University Press, Cambridge. (Traducción castellana en Ed. FCE, México.)

(1994) y Ellen Kay Trimberger, "Revolutions and the world-historical development of capitalism", cap. 5 de *Social revolutions in the modern world*, Cambridge University Press.

SPRINGBORG, Robert

(2011) "El poder militar en Egipto", en AA.VV. Dossier *La Vanguardia*, 2011. *La revuelta árabe*, No. 39, abril-junio de 2011, pp. 23-28.

STEPAN, Alfred

(1986) "Paths toward redemocratization: theoretical and comparative considerations", capítulo 3 de G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from authoritarian rule. Comparative perspectives*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

STIGLITZ, Joseph E.

(2011) "El catalizador tunecino", en *El País-Negocios*, 13.02.2011, p. 6.

TARROW, Sidney

(2002) "Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación", cap. 4 de M. Traugott (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona.

(2010) *El nuevo activismo transnacional*, Hacer, Barcelona.

THOMPSON, Edward P.

(1979) "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona.

TILLY, Charles

(1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Ed., Madrid.

(1998) "Conflicto político y cambio social", cap. 1 de Ibarra y Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.

(2002) "Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834", capítulo 1 de Mark Traugott (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona.

TILLY, Charles y Sidney Tarrow

(2007) *Contentious politics*, Paradigm, Boulder.

TRIMBERGER, Ellen Kay

(1978) *Revolution from above. Military bureaucrats and development in Japan, Turkey, Egypt, and Perú*, Transaction, New Brunswick.

TURNER, Ralph & Lewis Killian

(1972) *Collective behavior*, second edition, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

VALLESPIN, Fernando

(2005) "Alianza de civilizaciones", en *Claves de Razón Práctica*, 157, pp. 4-10.

WALLERSTEIN, Immanuel

(2011) "The contradictions of the Arab spring", Al Jazeera.net, 14.11.2011.

WALTON, John y David Seddon

(1994) *Free markets and food riots. The politics of global adjustment*, Blackwell, Londres.

ZOLBERG, Aristide

(1972) "Moments of madness", en *Politics and Society*, 2, invierno, pp. 183-207.